

ALFONSO USSÍA

Del coscorrón a la seda

con ilustraciones de ANTONIO MINGOTE



De «Las alegres erratas»: El humor en el periodismo no está sólo en el contenido de los artículos o comentarios a él consagrados sino en la involuntariedad del patinazo en lo solemne. Así, nadie que escriba de humor ha podido superar el impacto social de aquél periódico navarro que en su primera página, y a tres columnas anunciaba: “A pesar de la crisis vocacional el señor obispo ordeñó ayer a sesenta nuevos sacerdotes”. Y eso, a pesar de la crisis vocacional, crisis que de acuerdo con la noticia, no termino de entender.

De «Los senos en la poesía española»: El desnudo de una mujer se resume en los senos. Y el deseo, y la vida, la maternidad, el otoño y la pesadumbre. “Senos dormidos bajo el sudario infame/permíteme, Señor, que aún los sueñe/permíteme, Señor, que aún los ame”. Recuerda Ramón Gómez de la Serna que lo más esfíngico de la esfinge no es su sonrisa, ni sus ojos, ni su frente, sino sus senos, en los que el secreto de la materia está cuajado como en ninguna otra forma.

De «De Beethoven a Antonio Ordóñez»: La música del toreo no es callada, sino la trepidante, armónica, triste y melodiosa de los genios. Ordóñez, en tristeza de olvido, en película antigua, es la Séptima Sinfonía toreada. Después, los sombreros al aire, los ramos de romero, las flores perdidas, los besos de las mujeres bañados en lágrimas, la emoción de los hombres que lloran sin vergüenza. Porque en el toreo, como en la música, como en la pintura, como en la poesía, el secreto es sólo uno. Rozar el cielo cuando Dios lo permite.

De «El humor en la alta política»: En los siglos de la cultura satírica, eran los poetas los encargados de resumir en octosílabos o endecasílabos, preferentemente, las cuitas de los poderosos. De aquel comentario de Isabel II de España referido a su esposo, don Francisco de Asís de Borbón, de “es bastante más mujer que yo”, nacieron dos epigramas que ridiculizaron para siempre al rey consorte: “Paquito Natillas/es de pasta flora,/y orina en cuclillas/como las señoras”. O: “Y don Francisco de Asís,/sacando su minga muerta,/al amparo de una puerta/lloriquea y hace pis”.



Alfonso Ussía

Del coscorrón a la seda

ePub r1.0

janepora 30.09.13

Alfonso Ussía, 2003
Ilustraciones: Antonio Mingote

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0



LAS ALEGRES ERRATAS

El periodismo tiene muy pocas caras alegres. El periodismo de información no es un concilio de alegrías, y el periodismo de opinión, del que yo formo parte, es más bien una pequeña tortura diaria de incomprendimientos y tristezas. En el fondo, y aunque os parezca vulgar, la cara alegre del periodismo surge en los momentos menos esperados gracias a la equivocación, la errata, la incultura del propio periodista o el fallo descomunal. El humor en el periodismo no está sólo en el contenido de los artículos o comentarios a él consagrados, sino en la involuntariedad del patinazo en lo solemne. Así, nadie que escriba de humor o con humor, ha podido superar el impacto social de aquel periódico navarro que en su primera página, y a tres columnas anunciaba: «A pesar de la crisis vocacional el señor obispo ordeñó ayer a sesenta nuevos sacerdotes». Y eso, a pesar de la crisis vocacional, crisis que de acuerdo con la noticia, no termino de entender.

El periodismo de humor se alberga y ampara en las revistas de humor cuando la libertad es restringida, que es una manera muy diplomática de definir la falta de libertad. Los regímenes autoritarios y poco complacientes con la libertad de opinión, suelen tolerar, como pura coartada, la existencia de medios de comunicación exclusivamente humorísticos, en donde la crítica se viste de sonrisa, casi siempre de amarga sonrisa, a sabiendas de su pequeña difusión. Así, y por ceñirnos a nuestra cercanía, durante los años del anterior régimen se permitió, no sin sustos, el vuelo de la maravillosa *Codorniz*, la inteligencia del *Don José* y la libertad joven de *Hermano Lobo*. Con la libertad de expresión asegurada, el humor se ha refugiado en el columnismo político, donde hoy en día, gracias a Jaime Campmany, Antonio Burgos, y otros ilustres colegas de la especie, lo agrandan y difunden, en compañía del humor gráfico del genial Antonio Mingote, Gallego y Rey, Chumy Chúmez y tantos y tantos estupendos creadores del humor diario.

El humor como tal humor, limpio de polvo y paja, no vende, y lo que hoy no se vende, apenas tiene posibilidad de vivir. Sería muy problemático para Wenceslao Fernández Flórez, o Julio Camba, o Art Buchwald, o Giovanni Guareschi o su tocayo Giovanni Mosca, escribir todos los días en los periódicos. Como tal humor, sólo se respeta el que no es humor sino consecuencia de la chabacanería y falta de buen gusto hoy imperantes, que no son otra cosa que el reflejo del mal gusto y la chabacanería de la propia sociedad.

El humor, la cara alegre del periodismo, tiene cobijo también en la facilidad y voluntariedad que tienen muchos periodistas para manipular la verdad a fin de convertirla en verdad a medias.

La faramalla, la verdad parcial que siendo rigurosamente cierta desemboca en la mentira. La manipulación virtuosa. Visitaba por primera vez los Estados Unidos de América el arzobispo de Canterbury. Se lo advirtieron en el muelle de Southampton, momentos antes de embarcar rumbo a Nueva York: «Cuidado con la prensa americana, Su Gracia. Allí no serán tan respetuosos con Su Dignidad. Si le preguntan con inoportunidad o impertinencia, responda preguntando a su vez. No lo haga Su Gracia si no está seguro de su respuesta».

El buque arribó a Nueva York. Una veintena de periodistas aguardaba a Su Gracia junto a la escala principal del barco. Por el portalón apareció el señor arzobispo y ya en tierra se puso a disposición de los periodistas. Uno de ellos le preguntó: «¿Qué opina Su Gracia de la cantidad de casas de putas que hay en Manhattan?». El arzobispo recordó la sabia recomendación de la cautela y muy tímidamente preguntó: «¿Hay en verdad muchas casas de éstas en Manhattan?».

Al día siguiente, el periódico del osado reportero daba noticia de la llegada a Nueva York del arzobispo de Canterbury, y como complemento a los titulares, la siguiente explicación: «Lo primero que hizo el arzobispo al pisar Nueva York fue preguntar: “¿Hay muchas casas de putas en Manhattan?”».

Y así fue, pero no tanto, y fue así, pero tampoco.

Gracias a dos sabios estudiosos y compiladores del desbarajuste periodístico, Evaristo Acevedo, estupendo humorista, y Eduardo Ruiz de Velasco, estupendo periodista, la errata de prensa se ha convertido en una maravillosa asignatura que todos los que nos dedicamos al periodismo estudiamos con fervor. Erratas de prensa, equivocaciones de radio, meteduras de pata televisivas. Nadie, que los escuchara, olvidará fácilmente la noticia que en el Telediario de TVE nos adelantó, hace cinco años, uno de los más serios locutores del ente público: «Han regresado a España, tras su viaje oficial a la República Federal Alemana, SS. MM. los Reyes de España Don Juan Carlos y Doña Fabiola».

Por desgracia, y por culpa de los adelantos técnicos, las erratas en los periódicos han iniciado su declive, si bien es imposible, por fortuna, terminar con la especie. La gran creadora de sonrisas, en nuestra prensa de hoy, es la publicidad por palabras, donde a veces se junta el despiste de quien recibe los anuncios y la originalidad de quien los pone. Veamos varios ejemplos: «Busco tapón lejía Conejo regiones Extremadura, Galicia y Valencia. Gratificaré».

«Tengo diecisiete años y deseo contactar con chicos y chicas de la capital para cursos de parapsicoñogía».

Se anuncia una conferencia en Vizcaya. El anuncio no es muy claro. «Mañana a las siete de la tarde, en el casino de Sopelana, pronunciará una conferencia acerca de “Consideraciones económicas y humanas sobre el Antonio Zarzalejos, del turismo de Vizcaya”, don José provincial de Información y Turismo».

De cualquier manera hay mucha diversidad en el mundo de la errata. Erratas de imprenta y erratas del periodista que escribe sin saber lo que hace. Erratas llevadas y traídas por el entusiasmo y erratas en las que se puede sospechar una cierta proclividad hacia el cachondeo del redactor jefe, el firmante del artículo o la noticia o el mismo responsable de los talleres. Repasemos una pequeña antología de estos malos pasos y analicemos su espíritu.

Todas las que a continuación vamos a escuchar se producen en el anterior Régimen, y por ello hay que valorarlas con la adaptación de los tiempos. Para muchos prebostes del Movimiento Nacional todo lo que fuera arte contemporáneo equivalía a comunismo. Picasso, Miró, Gris, el propio Tapies, no eran los pintores preferidos del Régimen. Se salvaba Dalí, pero no del todo. En unas declaraciones a *ABC* de Sevilla, el director general de Bellas Artes comentaba los destrozos que un desalmado había producido en un cuadro de don Salvador, y decía textualmente: «Es muy triste que sucedan cosas así, porque los cuadros no deben ser destruidos, aunque sean de Dalí». Eso es amor al arte, como comprenderán ustedes.

Dos noticias aparecidas en el *ABC* de Madrid le valió en los años cuarenta el remoquete de diario clasista, cosa que no es cierta. La verdad es que el clasista, seguramente inconsciente, era el redactor o redactores que resumieron los hechos. En uno, que narraba un terrible accidente ferroviario se escribía que «afortunadamente todas las víctimas viajaban en tercera», y en otro, una

reseña sobre un incendio en una casa del barrio de Salamanca con muy ilustres vecinos, el redactor terminaba así: «A Dios gracias, sólo falleció la portera». Ese señoritismo se refleja involuntario en un texto que resume una serie de robos de vehículos en Alicante. Los perjudicados son, según el corresponsal de *ABC* en Alicante, don Pelegrín Pascual y don José María Ardisa, propietarios de los automóviles robados, y Lorenzo Hernández, dueño de una motocicleta igualmente sustraída. Es decir, que al dueño de la motocicleta le quitan el don. Es Lorenzo a secas.

Las erratas producidas por saltos en la confección del periódico siempre aparecen divertidas cuando algo serio se descoyunta. Escuchen la muy celebrada que se publicó en el diario *Ayer* de Jerez de la Frontera a principios de los sesenta: «Triduo a Santo Domingo de Guzmán. Ayer, miércoles, dio comienzo en el Real Convento de Santo Domingo el triduo solemne en honor del glorioso fundador de la Orden de Predicadores. A las 7.40, misa vespertina, “Papá se ha enamorado” (mayores de dieciocho años), Santo Rosario, plática y bendición eucarística».

La importancia del Concilio Ecuménico Vaticano II, es exagerada por algún periodista entusiasta, como Emilio Calvo, que en *Libertad* de Valladolid publica lo siguiente: «Hace unos días, y por el agente de Extensión Agraria de Tordesillas se dio una charla acerca del tema “Destete precoz de corderos y corderas”, quedando el auditorio convencido plenamente de que, después del Concilio Ecuménico, lo más interesante es el destete precoz de tales animales. Al final fue muy aplaudido».

Las referencias al sexo no estaban muy bien vistas, y sólo el error las permitía. En el *Diario de Barcelona* se anuncia con un sorprendente titular: «Nina Krushev no cruzará el telón»; y después se lee: «En una ocasión, durante una recepción en el Kremlin, alguien brindó por la esposa de Krushev, y éste, levantando su cosa, dijo que se lo debía todo a su esposa». Claro está, que al ser Krushev comunista, por mucho que levantara su cosa, no importaba tanto.

Volviendo los ojos al Concilio es de resaltar su escaso celo para controlar la vida personal de los señores obispos, especialmente el de San Sebastián. En el *Diario Vasco* de la capital donostiarra, se publica con fecha 20 de julio de 1960 la siguiente reseña sobre un almuerzo de autoridades: «Asistieron el capitán general de la VI Región Militar y señora, general jefe de la Región Aérea Pirenaica y señora, gobernador civil y señora, gobernador militar y señora, obispo de San Sebastián y señora». ¿Errata? Un año después, *El Correo Gallego* da cuenta de otro importante almuerzo celebrado en la maravillosa ciudad de la bahía de la Concha, y escribe exactamente: «Tomaron asiento en la mesa el ministro de AA. EE. y señora; cardenal don Arcadio María Larraona; capitán general de la VI Región Militar y señora; gobernador civil de Guipúzcoa y señora; obispo de San Sebastián y señora...». O sea, que caray con el señor obispo.

Muere un conocido director de orquesta. El semanario *7 Fechas* da cuenta a sus lectores de la tristísima pérdida, y lo hace con una redacción sincera pero algo confusa: «Puede decirse —escribe—, que ha muerto con la batuta en la mano, pues poco antes de producirse su óbito se hallaba rodeado de coristas».

Para no soliviantar los ánimos internacionales e interiores de la escondida oposición al Régimen, la censura ha impartido una orden tajante a todos los periódicos. Las fuerzas de Orden Público no disparan contra los manifestantes cuando éstos se reúnen en convocatoria ilegal o huelga prohibida. De ahí la extrañeza de este tipo de noticias que resumo en dos. La primera, publicada también en 7

Fechas dice así: «La Policía Armada hizo algunos disparos al aire, y uno de ellos alcanzó en la región glútea a Marcelo Durán Guillén, que tuvo que detenerse en su vertiginosa carrera y pudo ser detenido». El periódico *El Día* de Santa Cruz de Tenerife constata esta extraña habilidad de nuestra policía para disparar al aire y dar en el blanco. Por eso, sin ningún rubor, explica: «Se esperaban hoy nuevas manifestaciones antinorteamericanas, pero hubo tranquilidad en las calles y frente al Hotel Manila, donde anoche la policía disparó al aire hiriendo a algunos manifestantes». Como advertirán, todo se desarrolló con tranquilidad.

¿Qué sucedía? Muchos jóvenes e inexpertos redactores querían quedar bien con el poder y las normas establecidas y no se daban cuenta de su ridículo quehacer, extensible, lo del ridículo, a una gran mayoría de directores y redactores-jefes que no corregían los excesos oficialistas.

La oposición se hacía en las fábricas y la Universidad, de ahí el gran cuidado que se exigía a las noticias referentes a los estudiantes. Tanto cuidado, que a veces resultaba excesivo. En 1966, *La Tarde* de Tenerife destacaba a grandes titulares: «Normalidad estudiantil en Barcelona». E inmediatamente después ampliaba la información: «Las clases continúan suspendidas». Este tipo de normalidad universitaria se dejaba ver también en el diario *Ya* de Madrid, que titulaba en su contraportada: «Normalidad en la jornada universitaria». Ya en el texto nos explicaba el alcance de la normalidad, y se leía: «Presentan su dimisión el decano, vicedecano y secretario de la Facultad de Derecho». Normalidad.

A veces, las divertidas erratas se justifican por el abandono anímico, la distracción o el cansancio. De no ser así, poca explicación tendría esta absurda información aparecida en el *Diario de Jaén*, que literalmente demuestra un abuso internacional del anterior jefe del Estado: «Invitado por S. E. el jefe del Estado español, el presidente de la República de Filipinas, señor don Diosdado Macapagal, realizará una visita oficial a Francia». Se entiende que De Gaulle y Franco no se llevaran bien durante un tiempo. La *grandeur* de De Gaulle no podía permitir que nadie invitara a Francia sin su permiso al señor Macapagal, por muy presidente de Filipinas que fuera.

Si algo me ha cautivado siempre ha sido la forma de hablar de los entrenadores de fútbol y la manera de transcribirla por los periodistas encargados de inmortalizar esas tonterías. A veces, estos periodistas se ponen líricos, metafóricos y cursis, como un tal Argain, que entrevista al entrenador del Osasuna de Pamplona, y escribe el siguiente párrafo: «mete la mano en un bolsillo y agarra por los pelos su satisfacción íntima». En ese plan, cualquiera agarra su satisfacción íntima sin necesidad de ser el entrenador del Osasuna de Pamplona.

El conocido diario deportivo *As* de Madrid, inserta la reseña de un partido jugado entre el Leganés y el Parla. ¿Fue deportivo el trascendental encuentro? Oigan la autorizada opinión del sagaz periodista encargado de hacer la crítica: «A los diecisiete minutos el árbitro expulsó a Cecilio, del Leganés, por agresión sin balón a un contrario; a los treinta, Marcelo, del Parla, agredió al árbitro a puñetazos por señalarse una rigurosa falta; con anterioridad, Olivares agredió a Marcelo y el juez decretó la expulsión de Olivares. Un linier tuvo que ser asistido de un botellazo que le propinó el masajista del Parla. Partido, en fin —termina el periodista—, muy movido de juego e incidentes, con abundantes cambios en el marcador y de gran corrección por parte de los jugadores».

En Navarra son capaces de cualquier cosa. Y si no lo creen adviertan el espíritu de este gran

títular publicado en el *Diario de Navarra*: «Osasuna venció por la minina».

Los «sucesos» forman parte del periodismo español. Y algún redactor de estos macabros hechos, por su perspicacia, tendría que haber sido policía. En *Patria* de Granada, se narra la siniestra aparición de un cadáver indocumentado: «Como iba indocumentado, no se pudo conocer su identidad, si bien aparentaba tener unos cincuenta años, llamarse Francisco y ser natural de Pinos Puente». Menos mal que el cadáver apareció indocumentado.

El Alcázar de Madrid no era periódico partidario de los hijos del amor. Y su redactor Jesús Sanmiguel, menos. Así escribe: «Contrariamente a lo que en un principio creíamos, informaciones de fuentes fidedignas aseguran que el detenido, a pesar de ser hijo ilegítimo, hacía una vida bastante normal».

La televisión en directo y la radio son fuentes inagotables de sonrisas. Hace unos años, en el reportaje diario sobre el *Tour* de Francia se le preguntaba a Perurena, director de un equipo, el por qué de las precipitaciones en las escapadas de un ciclista en concreto. Y Perurena respondía sin titubeos: «Es que a este chico, que es joven, le pican mucho los pelotones».

La gran afición de los vascos por la gastronomía es conocida. Se celebra el I Concurso de Tortillas de Patatas de Erandio, localidad vizcaína. Las bases del concurso son claras, especialmente la primera: «Las patatas y el aceite los pone la organización, pero los huevos los deberá llevar cada concursante». Extrañísimo anuncio este publicado en un diario de Burgos. Dice así: «Estudiante con título de auxiliar de clínica se ofrece para cuidar niños ancianos o hacer labores de teta por las mañanas».

Deporte y deporte. A comienzos de cada temporada, los periódicos locales animan a su equipo, levantan los ánimos de la afición y transmiten esperanzas. En un diario de Santa Cruz de la Palma se leía: «Corazón por parte de los jugadores, pero también por parte de los aficionados. La empresa no es fácil, así que todos adelante, sin distinciones ni cortapichas». Uriarte, el que fuera gran jugador del Athletic de Bilbao y de la Selección Nacional mete un gran gol al Español de Barcelona en San Mamés. El cronista lo narra de esta manera: «Magnífico el gol de Uriarte que puso al público los pelos de puta». El Rayo Vallecano vence por 6-0 al Indauchu. ¿Fue limpia la victoria? ¿Actuó bien el árbitro? El diario *Marca* de Madrid concede al colegiado una alta calificación, que no entendemos si nos atenemos a lo que dice la crónica: «Los seis goles del Rayo —dice la crónica—, fueron marcados durante el descanso». Así, cualquiera.

Se asegura que los gallegos tienen la rara habilidad de no comprometerse. Gallego tenía que ser el periodista de *La Voz de Galicia* que enjuiciaba así la labor del árbitro de un partido entre el Deportivo de La Coruña y Las Palmas: «Arbitró muy bien el señor Pintado, del colegio catalán, que estuvo regular tirando a mal».

El Boletín Oficial del Estado, antes de la señora Salanueva, también era confuso. Recuerden el decreto-ley por el que se nombraba a don Federico Carlos Sainz de Robles «Presidente del Consejo del Joder Judicial». Con fecha 15 de septiembre de 1974, el Boletín Oficial del Estado publica una disposición que contribuye a la enajenación mental de los leguleyos: «Orden por la que se regula la exportación de un matrimonio que dos o tres veces garrofa, garrofin y goma de garrofón».

El *Diario de Ceuta*, muy militar él, daba la noticia de un natalicio: «Ha dado a luz un precioso

niño la esposa del teniente coronel de Artillería don Juan Montero y Quirós. Felicitamos desde aquí a todas las tropas de la guarnición».

Extraña y esclarecedora esquela publicada, como casi todas las esquelas, en el *ABC* de Madrid: «Rogad a Dios por el alma de la señorita Enriqueta del Campo Suances. Sus desconsolados padres, doña Alicia, don Pedro, don Andrés, don José Ramón y don Julio, ruegan una oración por su alma». La cursilería de algunos periodistas del corazón choca frontalmente con la naturaleza. Un conocido cursi, publicaba lo siguiente en el semanario *HOLA* pocos días después del fallecimiento de la princesa Grace de Mónaco: «Después de la comida y del café tomado en el salón azul, a Grace le gustaba echar una siesta en los jardines de Palacio mecida por el zumbido de las abejas y el canto de las cigalas».

Saltan los tipos de las imprentas. El gran periodista fallecido Pedro Rodríguez entrevista a Juan Ignacio Luca de Tena. Un párrafo es reproducido por el *Diario Vasco* de San Sebastián. Los donostiarras, al leerlo, se enteran de todo: «A la pregunta de cómo ve usted el futuro político de España, respondió: “Me hubiera dado una congesya tres cuartos de hora y he mition si le pregunto. Vanrado al cordero del cuadro como de Tena, aplastamos muy suave un degollador y don Juan Ignacio lucamente el cigarrillo tanto que arrastra las eses. La hipótesis que me plantea no la encuentro muy posible”». Ni él, ni nadie, ni la hipótesis, claro.

Nuevas monedas con la efigie de Franco, de 5, 25 y 50 pesetas respectivamente. El diario *Arriba*, que no es dudoso en fidelidades al movimiento lo anunciaba así: «Las monedas ostentarán en el anverso la efigie del Jefe del Inconveniente».

En el periodismo hay grandes escritores, dominadores de un amplio y rico vocabulario. Lo demuestra un gacetillero del *Correo Español-El Pueblo Vasco* de Bilbao al comentar las desafortunadas declaraciones de un concejal del Ayuntamiento bilbaíno: «Según fuentes cercanas a los reunidos, el malestar que se detecta con tal motivo es de notorio malestar, dado que lo dicho ha creado una situación de claro malestar».

¿Había espías soviéticos en Oriente Medio? La respuesta es afirmativa. Espías soviéticos había en todas partes. Para que no hubiera lugar a la duda, *Diario 16* de Madrid informa a sus lectores con la siguiente crónica: «Dada la importancia de sus conocimientos sobre los servicios secretos soviéticos, se cree que Kuzichkyn, ha revelado los nombres de los soviéticos que Kuzichkyn cree, según Kuzichkyn de los espías soviéticos que actúan en Oriente Medio, Oriente Medio según Kuzichkyn cree, que operan en Oriente Medio, centenares de espías soviéticos en Oriente Medio, siempre según Kuzichkyn, por lo que la URSS ha decidido retirarlo para que no sean descubiertos». Noticia clarísima.

Las entrevistas de radio son flores de los gazapos. Basilio Rogado llama a primera hora de la mañana a Sara Montiel. El diálogo es como sigue:

ROGADO: «Perdona, Sara, que te molestemos tan temprano con esta llamada».

SARA: «No, por Dios, Basilio. Yo os agradezco muchísimo que os ocupéis de mí, porque a mí me encanta la radio, como me encanta la música y demás medios de locomoción».

Se entrevistaba a una azafata de Iberia en *Radio Madrid*. En un momento dado preguntó el periodista: «¿Cómo son realmente las relaciones entre pilotos y azafatas?». «Buenísimas —

respondió ella—. A las azafatas nos encantan los pitos». «Entonces no hay duda», remachó el periodista con gran sagacidad.

Durante tres años colaboré con unos versos diarios en el informativo «Hora O» de Antena 3 que presentaba Jesús Hermida. Jesús, siempre tan exagerado, daba la noticia de un accidente de autobús, cuyos heridos habían sido trasladados al Hospital Civil. «Los heridos —dijo Hermida—, han ingresado todos en el hospital civil. Perdón; he querido decir hospital civil». Y se quedó tan ancho.

El diablo de las imprentas se divierte. Juega con las crónicas deportivas y las esquelas. En *El Correo Español-El Pueblo Vasco* de Bilbao se sienten felices por el último triunfo del Athletic. ¿Fue conseguido el gol de la victoria en circunstancias normales? Así nos lo narra el entusiasmado cronista: «A los cuarenta minutos de la segunda parte, a un paso de la finalización del encuentro, Goicoechea pasa el balón a Sarabia, y este se lo cede a Dani, hermanos, tíos, primos y demás familia». Está claro que entre tantos, consiguieron meter el balón en la portería contraria.

¡Gool!

LOS SENOS EN LA POESÍA ESPAÑOLA

En su prólogo a su libro *Senos*, Ramón Gómez de la Serna, Ramón a secas en la literatura española, nos ofrece los primeros balbuceos de su obra más iconoclasta: «La turbación y el temblor primero/ como de coger lo que es de otro/ perfectamente de otro ser/ de un ser con vida propia/ de un ser cuya insubsanable separación no corrige/ ni cura/ ni resuelve el sexo amable». Incluso se permite Ramón intercalar una breve y resuelta oración en su camino: «Pidámosle al Señor que nos ofrezca ese fruto, así como se pide el pan nuestro de cada día, y pidámosle también que no falte en el Paraíso, pues así como el fruto es acre, éste es místico».

Pintura, escultura, literatura en torno siempre de los senos. El desnudo de una mujer se resume en los senos. Y el deseo, y la vida, la maternidad, el otoño y la pesadumbre. «Senos dormidos bajo el sudario infame/ permíteme, Señor que aún los sueñe/ permíteme, Señor que aún los ame».

Recuerda Ramón que lo más esfíngico de la esfinge no es su sonrisa, ni sus ojos, ni su frente, sino sus senos, en los que el secreto de la materia está cuajado como en ninguna otra forma. Pero el primer paso está en la piel, y a ella retrocedemos. Piel y agua. Explosión de la vida.

No es posible la armonía, y menos aún el deseo, entre dos pieles que se distraen la una de la otra. Cuando la piel de la mujer quema la prudencia del hombre, el camino está trazado y la naturaleza abierta. Alcanzado el prodigio, sólo hay que esperar la venida de la:

noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada
la soledad sonora
la cena que recrea y enamora

soñada por la sensibilidad —piel herida por la mística y el erotismo—, de Juan de Yepes, san Juan de la Cruz, el más alto e inalcanzable de los poetas de todos los idiomas del universo.

Pero de la piel de la mujer, primera casa del hombre, se espera el elemento fundamental de la vida. El que exige y demanda la pasión, también el amor. La exposición desnuda de la misma y la suavidad para ser paseada por las palmas de las manos amantes. Piel y agua, es decir, claridad limpia. Esa piel de mujer joven que por ella misma se ofrece y es «el bien más precioso de las prendas caras, / no las aromas raras / de perfumes fenicios», descrita por quien más supo de la piel de la mujer en la vida y la poesía, Félix Lope de la Vega Carpio, resumido su nombre en el de Lope de Vega.

Piel niña, piel joven, piel cumplida. Envoltorio que abre la emoción del cuerpo. Grito rubeniano de la carne: «Carne, celeste carne de la mujer / Oh arcilla / ambrosía más bien, / ¡oh maravilla!». Del agua se hace lo que maravilla. En la piel de la mujer nace la necesidad de la posesión, aunque sea efímera. En la piel de la mar, la turbación ante su grandeza; en la piel de la tierra, la enajenación por la armonía; en la piel de las flores, la resignación ante el milagro. De ahí el poema más fulgurante y rotundo de Juan Ramón: «¡No la mires ya más/ que así es la rosa!». Y en todas ellas, piel de mujer, piel de mar, piel de tierra, piel de flor, el agua. «Con lilas llenas de agua / le golpeé las espaldas, / y toda su carne blanca / se enjoyó de gotas claras». Siempre Juan Ramón.

Piel habitada y crecida en mil montañas diferentes —los senos— por el agua. Piel de mujer con vocación de luna, piel limpia en los médanos y alcores —arena y hierba— de la poesía. Piel casi durmiente en los minutos posteriores a la pasión ajetreada, sudada, vencida y entregada a los líquidos ajenos, como en Octavio Paz:

*Toco tu delirante superficie,
los poros silenciosos, jadeantes,
la circular carrera de tu sangre,
su reiterado golpe, verde y tibio.*

Piel y agua para galopar de amores sin límites ni horizontes. Venus y Príapo, albertianos y decididos: «Jaca y jinete, unísonos, seguros, / galopan de corales y de arenas, / y de espumas bañados». Piel de mujer, senos alzados, en la palabra de Pablo Neruda:

*Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
cuerpo de piel de musgo, de leche ávida y firme,
cuerpo de mujer mía, persistiré en tu gracia,
oscuros cauces donde la sed eterna sigue, y el dolor infinito.*

Sin agua, la piel no puede ser esperanza de viento, ni aliento de espíritu o quebranto, ni lumbre viva que despide al hielo, ni envidia de la luna refulgente, ni el inmenso placer que siempre duele, ni la caricia que vaga sin destino ni objeto, ni el ruiseñor ebrio que aletea en las manos. Nunca la piel de la mujer sería la voz blanca o negra que llama, o el silencio infinito, o las laderas de amor que se derraman, o las dunas —los senos—, que ahogan los impulsos.

La poesía, como la música, la pintura, la escultura, incluso la arquitectura, es piel de mujer, agua, perfección, simbiosis, unidad y obra. Obra bien hecha, arte cumplido, deseo consumado para que todo siga igual y distinto días tras día y noche tras noche.

Procacidad y grosería incluidas. Canciones groseras y bienreídas. Que el lenguaje del ser humano no siempre es alto, y aunque expresivo, ahí quedan los arrebatos del cancionero popular y el más exquisito linaje epigramático para resumir la pasión por la piel, los senos, de la mujer deseada. Lo recoge Camilo José Cela en su Diccionario Secreto: «Mientras tú estás en la cama/ con las teticas calientes/ yo estoy bajo tu ventana/ con la cosa entre los dientes».

Pero intentemos superar el primer andamio de la canción popular y festiva para alcanzar mejores nubes, que no hay pecho de la mujer que no lo merezca, ni en la reclamación de la caricia ni en el regalo del alimento, ni en el deseo ni en el cobijo, ni en la memoria del primer impulso, ni en el recuerdo infantil del abrazo materno.

Colinas celestes, despertar del frío. Del valle de Toranzo, en Vejorís, ya en el Siglo de Oro ruinas de su hidalguía:

*Es mi casa solariega
más solariega que otras*

*que por no tener tejado
le da el sol a todas horas.*

De Madrid y la Montaña se alumbró el ingenio de Francisco de Quevedo, que eleva a las cumbres de los Alpes, miradas por su melancolía en el exilio, la figura de los pechos amados:

*Miro este monte que envejece enero,
y cana miro caducar con nieve
su cumbre, que aterido, oscuro y breve,
la mira el sol, que la pintó primero.*

*Veo que en muchas partes, lisonjero,
o regala sus hielos, o los bebe;
que agradecido a su piedad se mueve
el músico cristal, libre y parlero.*

*Mas en los Alpes de tu pecho airado
no miro que tus ojos a los míos
regalen, siempre fuego, el hielo amado.*

*Mi propia llama multiplica fríos
y en mis cenizas mismas ardo helado
envidiando la dicha de estos ríos.*

El pecho, los senos de la mujer, también cofre receptivo de las palabras de amor. Palabras que resumen los sentimientos y las pasiones de quien las escribe. Así Gustavo Adolfo Bécquer, que pide amplias estancias en el pecho de la mujer amada para que guarde todo el tesoro de sus metáforas y sus realidades:

*Para que los leas con tus ojos grises,
para que los cantes con tu clara voz;
para que llenen de emoción tu pecho,
hice mis versos yo.*

*Para que encuentren en tu pecho asilo,
y les des juventud, vida y calor;
tres cosas que yo ya no puedo darles,
hice mis versos yo.*

*Para hacerte gozar con mi alegría,
para que sufras tú con mi dolor,
para que sientas palpitar la vida,*

hice mis versos yo.

*Para poder poner ante tus plantas
la ofrenda de mi vida y de mi amor;
con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,
hice mis versos yo.*

Hizo sus versos para que el pecho de la mujer amada, quizá ya a destiempo, Julia Espín casi con toda probabilidad, albergara en su interior la juventud perdida, el dolor, la alegría y el sufrimiento del poeta.

Reflexión ante la muerte. Ante el cadáver de la bella joven muerta, no con el deseo del hombre no culminado, sí con la sensibilidad herida del amante del prodigio, escribe Vicente Aleixandre:

*Dime, dime el secreto de tu corazón virgen,
dime el secreto de tu cuerpo bajo tierra,
quiero saber por qué ahora eres agua,
esas orillas frescas donde unos pies desnudos se bañan con espuma.
Esa cintura; ese débil volumen de un pecho triste,
ese rizo voluble que ignora el viento,
esos ojos por donde sólo boga el silencio,
esos dientes que son de marfil resguardado,
ese aire que no mueve unas hojas no verdes.*

El débil volumen de un pecho triste recién callado. Se sobrecoge el poeta, atribulado por la verdad que mira. Ramos de jacinto para Federico, también sólo Federico, en su romance a «La casada infiel»:

*Que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago,
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.*

Ramos de jacintos en «La casada infiel». Yunques ahumados en el «Romance de la Pena Negra»:

*Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo, su carne
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados sus pechos,
gimen canciones redondas.*

Y en «Las tres estampas del cielo» le dice a Argimira López, que no le quiso:

*Efectivamente
tienes dos grandes senos,
y un collar de perlas
en el cuello.
Te miramos con lupa,
yo y el Renacimiento.*

Muy inmediato de tierras e ideales, no tanto de pasiones, Rafael Alberti entra de lleno en la magia de los senos:

*Rubios, pulidos senos de Amaranta
por una lengua de lebrel limados.
Pórticos de limones desviados
por el canal que asciende a tu garganta.*

Y después, ya en el momento frenético del amor, de pórticos de limones desviados a altos olmos:

*La soledad, dormida en la espesura,
calza su pie de céfiro y desciende
del olmo alto, al mar de la llanura.*

Siempre hacia arriba, alzados, gongorinos y albertianos:

*Oh, tú mi amor, la de subidos senos
en punta de rubíes levantados,
los más firmes, pulidos, deseados,
llenos de luz y de penumbras llenos.*

*Hermosos, dulces, mágicos, serenos,
o en la batalla erguidos, agitados,
o ya en juego de puro amor, besados,*

gráciles corzas de dormir morenos.

*Oh, tú mi amor, el esmerado estilo
de tu gran hermosura, que en sigilo
casi muriendo alabo a toda hora.*

*Oh, tú mi amor, yo canto la armonía
de tus perfectos senos, la alegría
al ver que se me abren cada aurora.*

Todo el amor de Alberti se resume en los senos, gráciles corzas de dormir morenos. Y también altos y triunfales en Pablo Neruda, trigo, pan, techo de pan, cumbre del alimento y del deseo:

*Qué pura eres de sol o de noche caída,
qué triunfal desmedida tu órbita de blanco,
y tu pecho de pan, alto de clima,
tu corona de árboles negros, bienamada.*

Y el gran Neruda que también sueña, quizá desde la playa de su Isla Negra, en tenderse y extenderse con una joven pura. La que tenía:

*Su pecho como un fuego de dos llamas
y ardía en dos regiones levantado,
y en doble río llegaba a sus pies
grandes y claros.*

Regiones y ríos caudalosos, que cambian el paisaje de los pechos desde el recuerdo de otra mujer:

*Sobre tus pechos de corriente inmóvil,
sobre tus piernas de dureza y agua,
sobre la permanencia y el orgullo
de tu pelo desnudo,
quiero estar, amor mío, ya tiradas las lágrimas
al ronco cesto donde se acumulan,
quiero estar amor mío, sólo con una sílaba
de plata destrozada, solo con una punta
de tu pecho de nieve.*

También para Neruda, los senos son cuarzos, ágatas y trigos, colinas plateadas, damascos del estío, valles de doble pétalo, y nieves sofocadas. Y mar, mar navegado para Octavio Paz:

*Dos barcos de velamen desplegado
tus dos pechos. Tu espalda es un torrente.
Tu vientre es un jardín petrificado.*

Y semanas más tarde, en otro poema, deja el vientre de ser jardín petrificado y los pechos dos barcos navegantes. Octavio Paz pasea por el cuerpo de la mujer tendida:

*Voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias, donde oficia
la sangre sus misterios paralelos.*

Ya en 1420 Alfonso Alvarez de Villasandino se inventa la figura del alabastro. «Albos pechos de cristal, de alabastro bien broñado». Para Francisco de Rioja, en su «pura, encendida rosa/ émula de la llama/ que sale con el día», los senos vuelan como pájaros: «Para las hojas de tu crespo seno/ te dio amor de sus alas, blandas plumas». Paisaje quebrado y dulce para José Somoza:

*La luna mientras duermes, te acompaña,
tiende tu luz por tu cabello y frente,
va del semblante al cuello, y lentamente
cumbres y valles de tu seno baña.*

Manzanas prohibidas para el gran poeta de las Marismas, Fernando Villalón, ganadero arruinado, garrochista, brujo, jinete como ninguno, también de mujeres, que quiso con sus cruas crear una casta de toros bravos con los ojos verdes. Manzanas para Villalón:

*La nube de tu camisa
trabaría tus lindas piernas,
y entre tus dos pomas rosa
dormirían, luna lunera...*

Para Jorge Guillén, ternura e independencia:

*Sí ternura, vosotros
soberanos, dejadme
participar del orden.
Dos gracias en contraste.
Valiendo, repartiéndose,
¿Sois la belleza o dos
personales delicias?*

Y Dámaso Alonso, el gran Dámaso, botánico del amor, observador del prodigio femenino hasta

la misma pérdida de conciencia, gozador de versos y de besos:

*Esos bultos de nieve, que bullía
al soliviar del lino la tersura,
y prodigios de exacta arquitectura
dos columnas que cantan tu armonía.*

Para el ecuatoriano Jorge Carrera, el cuerpo de la mujer es un «país de leche y miel que recorro sediento». En el «Cui-Ping-Sing» de Agustín de Foxá, nidos calientes:

*Tú fuiste, Cui-Ping-Sing, todo lo claro,
el cisne o la ceniza.
Yo fui todo lo oscuro,
la raíz, la tortuga.
Tus pechos, son dos nidos calientes
tejidos en la rama de un almendro.*

Dudas para Blas de Otero, siempre asombrado, pasmado, rendido ante el cuerpo de la mujer:

*Cuerpo de la mujer, río de oro,
donde, hundidos los brazos, recibimos
un relámpago azul, unos racimos
de luz rasgada en un frondor de oro.*

*Cuerpo de la mujer o mar de oro,
donde, amando las manos, no sabemos
si los senos son olas, si son remos
los brazos, si son alas solas de oro.*

Toda la poesía está plagada, invadida, de ansiedad hacia los senos. Del ayer, sobre todo, más aún que del presente. La poesía es un paseo por la melancolía. José Hierro canta a la nostalgia:

*Es octubre. Anochece. Un banco
solitario. Desde él te veo
eternamente joven, mientras nosotros
nos vamos muriendo.
Mil novecientos treinta y ocho.
La Magdalena. Soles, sueños.*

Ni los ojos, y sus miradas. Ni el cabello, por rubio y largo o moreno brillante que adorne al ser amado. Ni la espalda que invita a ser cantada y rendida. Ni el monte de Venus, camino abierto para la locura. Ni las piernas, ni la boca, ni los labios, espacio de esos millones de besos que día a día se

da la humanidad para no perder el último sentido de la vida. Nada en la mujer atrae, estremece y adora el hombre como sus senos, que cambian como las olas, que sufren como las cimas, que duermen como los valles, que navegan, que saltan, que atraviesan sensaciones y blusas, que embisten de pitones encendidos, como en la habanera de Alberti en homenaje a su amigo el torero Sánchez Mejías:

*Una mulata,
dos pitones en punta,
bajo la bata.*

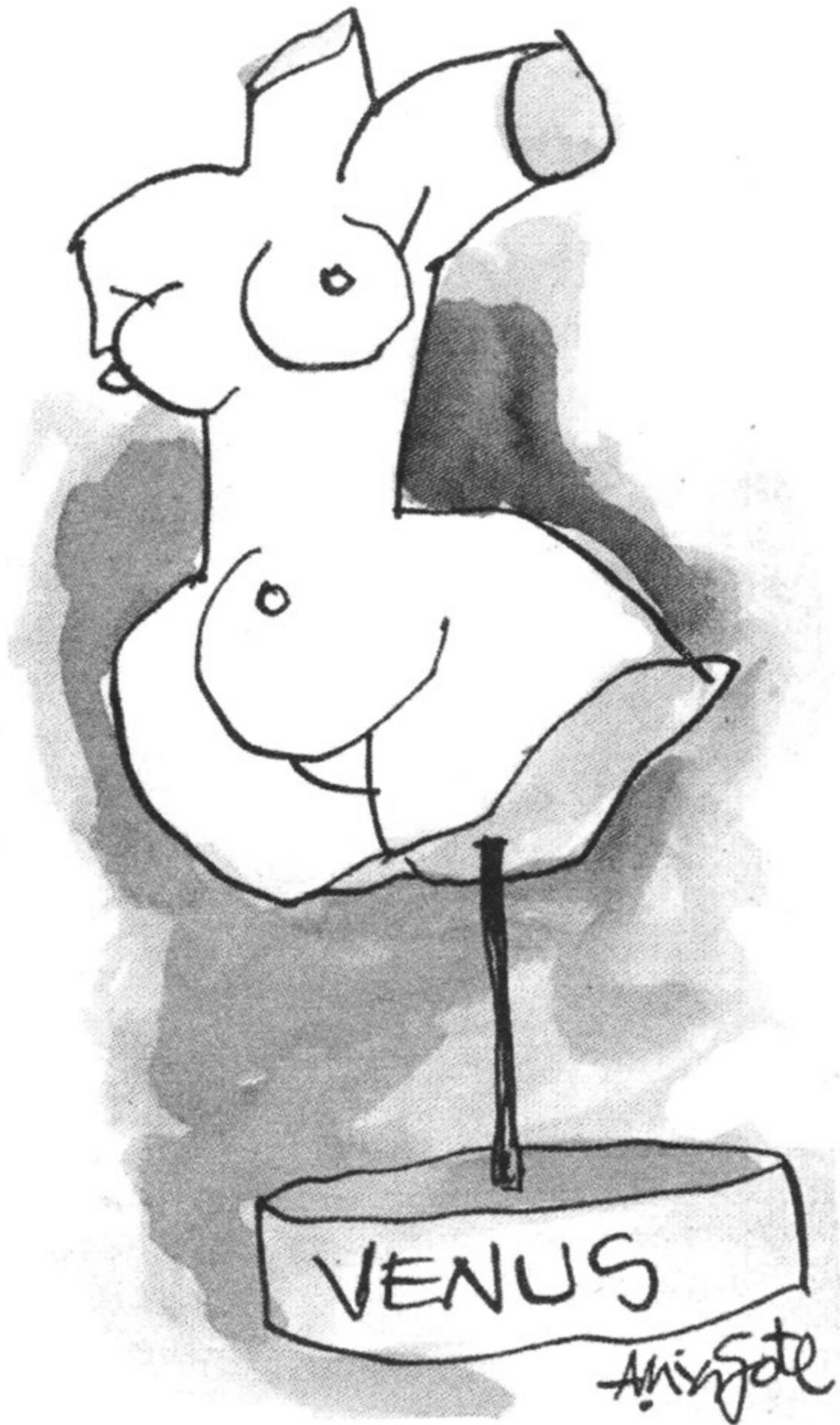
Al fin y al cabo, los senos son el enigma, el primer misterio, la primera sacudida, el primer peligro y el gozo primero. Todo en nombre del amor del hombre a la mujer, ese ser superior y bellísimo que nos nace, nos enamora y nos disuelve. Amor resumido en el soneto prodigioso de Dámaso Alonso:

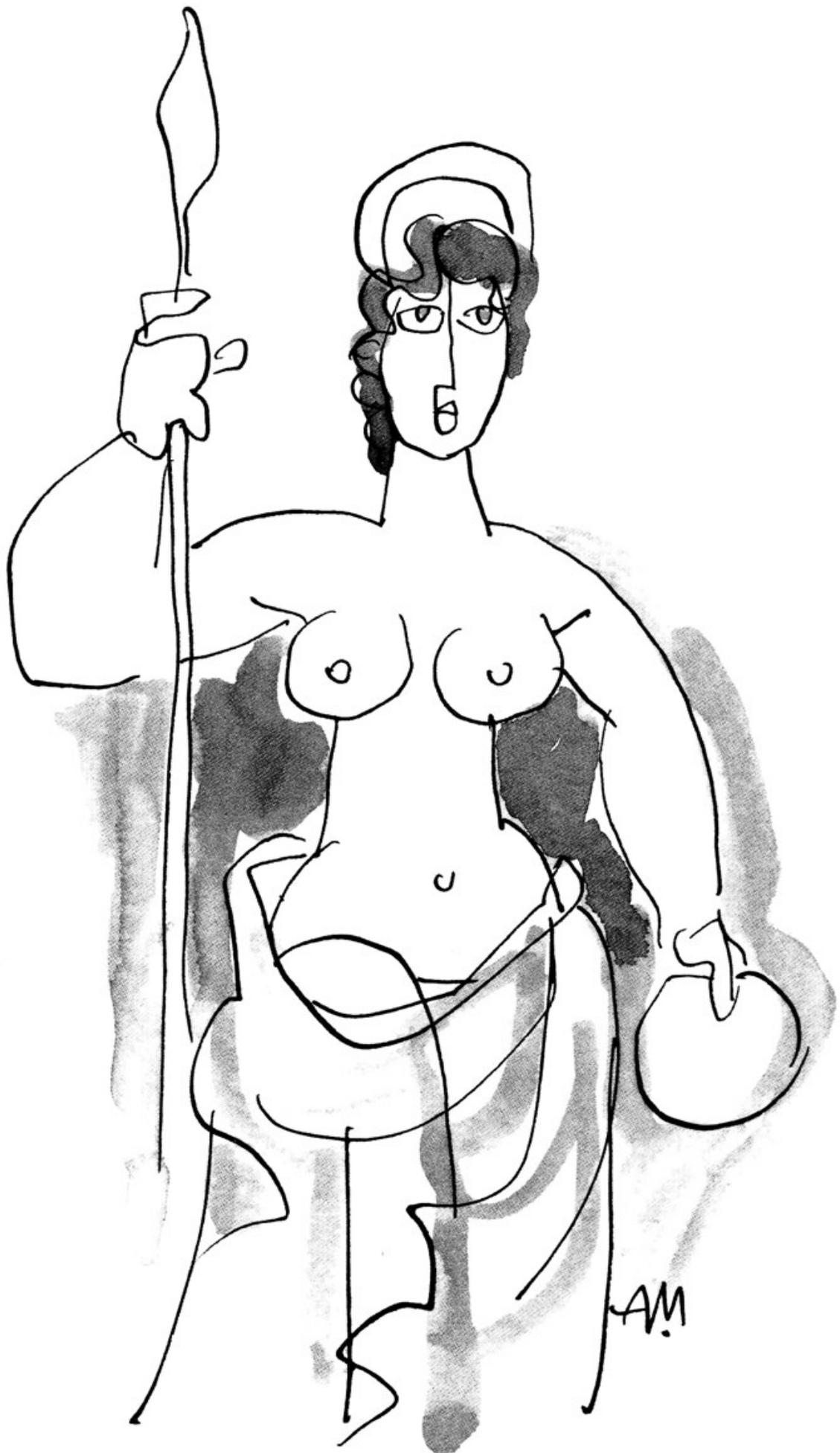
*No sé. Sólo me llega, en el venero
de tus ojos, la lóbrega noticia
de Dios; sólo en tus labios la caricia
de un mundo en mies, de un celestial granero.*

*¿Eres limpio cristal, o ventisquero
destructor? No, no sé... De esta delicia
yo sólo sé su cósmica avaricia
el sideral latir con que te quiero.*

*Yo no sé si eres muerte o si eres vida,
si toco rosa en ti, si toco estrella,
si llamo a Dios o a ti cuando te llamo.*

*Junco en el agua o sorda piedra herida,
sólo sé que la tarde es ancha y bella,
sólo sé que soy hombre y que te amo.*





Juno



CLEOPATRA



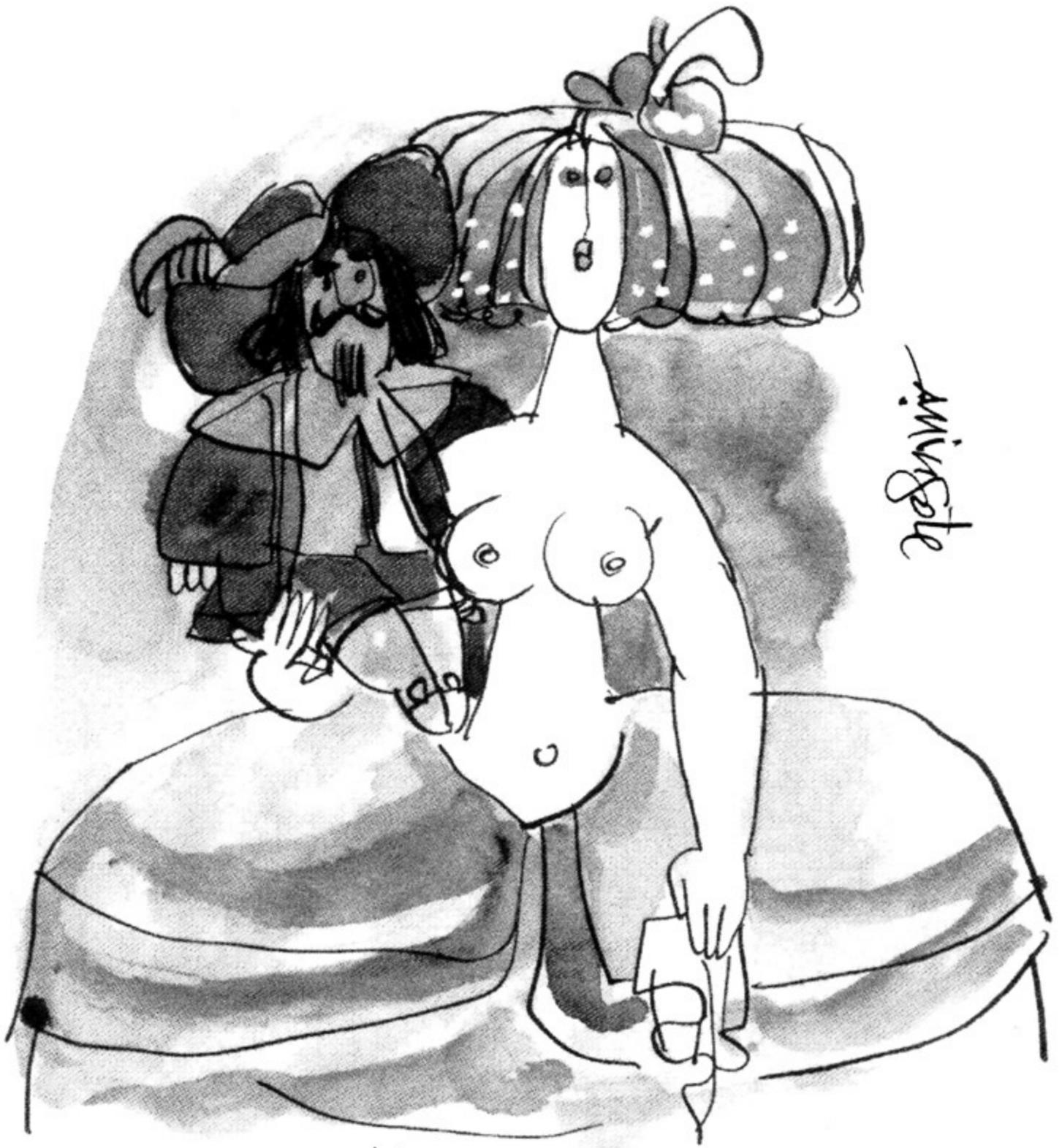
LA GIOCONDA



Isabel de Inglaterra



Rubens y su esposa Isabel Brant.



Amisote

Mewina



DE BEETHOVEN A ANTONIO ORDOÑEZ

Escribió don Ramón María del Valle Inclán, que en los pliegues humanos y anímicos de todo escritor, hay que dejar un lugar, un sitio para la osadía. Sólo el osado triunfa y sólo el osado fracasa, porque nunca se abraza a la indiferencia. Ofrecía Edgar Neville a sus amigos una cena en su casa de Los Ángeles. Ahí estaban Chariot, el pianista Rubinstein, los escritores Jardiel Poncela y José Rubio, y uno de los grandes genios del humor español del siglo XX, Antonio de Lara *Tono*, creador junto a Miguel Mihura del mejor teatro del absurdo. Tono, que no hablaba inglés ni patata, mantenía una conversación fluida e intensa con un discreto invitado de larga melena, ojos vivísimos y sonrisa cálida. Se llamaba Albert Einstein. Edgar Neville, asombrado por la locuacidad de Tono y su arrolladora charla con el poseedor de uno de los mayores talentos de la historia del hombre, le preguntó al cabo de un rato: «¿De qué hablabas tan apasionadamente con Einstein?»; y Tono, quitándose importancia le respondió: «Le explicaba que en este mundo, casi todo es relativo». Einstein no necesitaba que Tono se lo demostrara, pero le divirtió e interesó la prodigiosa osadía del humorista español. Él lo sabía: «Si mi teoría de la relatividad es verdadera, los alemanes dirán que soy alemán, y los franceses, que ciudadano del mundo; pero si resulta falsa, los franceses dirán que soy alemán, y los alemanes, que soy judío». Les pongo a ustedes sobreaviso para que asuman que mi osadía, aunque pavorosa, es también relativa, porque no existen textos, ni enseñanzas, ni magisterio, ni pozo de sabiduría capaces de superar la interpretación natural e individual del arte, y como tal, del arte del toreo, que pertenece a cada sensibilidad, cada armonía, cada mirada y cada momento. No obstante, me atemoriza escribir de este universo. Nada más y nada menos que escribir de la estética y la música del toreo. Más que una osadía, lo mío es una temeridad. No tengo los suficientes conocimientos para considerarme un «entendido», aunque a la vista de lo pesados y mal entendedores que son en ocasiones los llamados «entendidos», quizá sea preferible la humildad de mi menguada alforja de saberes. Porque sí soy un aficionado de antiguo, que antiguo es el tiempo cuando yo era niño, que coincidió con mi vuelta hacia atrás de los años, el encuentro con una época irrepetible del toreo, vivida por mí desde la cadencia de la música y el asombro de la admiración. Porque toreo y sinfonía son una misma cosa.

Nací un año después de la muerte de Manolete. Sólo alcancé la segunda época de Pepe Luis Vázquez, en el que adiviné el milagro y el prodigio, si bien disfruté de lleno con su hermano Manolo, que se hallaba en su esplendor. Con Pepe Luis y Manolo sucede lo mismo que con Antonio y Manuel Machado. Se me antoja una injusticia perversa determinar la importancia de uno y otro desde su condición fraterna. Los dos han abrazado la gloria del toreo, y tanto uno como el otro merecen el respeto de la memoria individual. Manuel Machado no fue peor poeta que Antonio, sino diferente. Sucede que el primero padeció el estigma intelectual de la España triunfante, y el segundo, la bellísima estética de la derrota, tan explotada hasta nuestros días. En España, los parentescos resultan peligrosos. Una tarde, en el Congreso de los Diputados, tomó la palabra un joven político desde los escaños conservadores: «¿Quién es ese que habla?», preguntó otro representante; «Es Maura, el cuñado de Gamazo.»; «Pues muy pronto va a ser Gamazo el cuñado de Maura». No quiero caer en el error de comparar a Pepe Luis y Manolo Vázquez como hicieron con Maura y Gamazo, entre otras razones porque mi memoria de Pepe Luis es poética y literaria, y la de Manolo vivida y recordada. Sí afirmo que la palabra de los que tuvieron la fortuna de verle torear ha formado en mi

sentimiento la figura del mito, del mito viviente, a Dios gracias.

He querido y admirado, humana y artísticamente, a Antonio Bienvenida. Las raíces venían de lejos. Mi abuelo materno, Pedro Muñoz-Seca, hijo del Puerto de Santa María, antiguo de Menesteos, plantado en la ribera agónica del río Guadalete, que es el río del olvido, era un entusiasta aficionado a la Fiesta. A los toros y al arroz con leche que preparaba doña Carmen, la madre de los Bienvenida, y que le enviaba el Papa Negro los sábados a casa. Fue amigo de José y Juan, más de José que de Juan, presenció la cornada mortal de *Pocapena* a Granero, mantuvo una relación fraternal con Bombita, Marcial Lalanda y Cagancho, compartía la misma tertulia que Ignacio Sánchez Mejías, y escribió que un «ayudado por alto» de Cayetano Ordóñez, *el Niño de la Palma*, valía más que cualquiera de sus comedias, incluida *La venganza de Don Mendo*. A Ricardo Torres, *Bombita* le dedicó su comedia *Los Extremeños se tocan*, porque ambos disfrutaron o padecieron de vidas paralelas. Nacieron el mismo día del mismo año, y llegaron a obsesionarse tanto el uno con el otro, que si coincidían una corrida de Bombita con el estreno de una comedia de Muñoz-Seca, se intercambiaban instrucciones antes de los acontecimientos: «Ricardo, arrímate y corta las orejas, que la comedia me ha salido muy bien». Porque si Bombita no cortaba las orejas, la comedia no tenía éxito, y al revés. Pocas horas antes de ser asesinado en Paracuellos del Jarama, el 28 de noviembre de 1936, condenado por los gravísimos delitos de ser católico y monárquico, ya conocedor de su inmediato y terrible destino, le comentó a su compañero de cautiverio Cayetano Luca de Tena, para rebajar la angustia, la tristeza y la desesperanza: «Si allá arriba no hay toros, voy a armar una buena, Cayetano».

Nací, como ya he dicho anteriormente, un año después de la muerte de Manolete, pero tuve la gracia de que naciera mi afición por este arte grandioso con una generación de fábula y leyenda. Antonio Ordóñez, Pepe Luis, Antonio Bienvenida, Manolo Vázquez, Luis Miguel Dominguín, Curro Romero, Julio Aparicio, Rafael Ortega, el Litri, y algo más tarde, Paco Camino, Diego Puerta, el Viti, Antoñete, Victoriano Valencia, y de pronto, de golpe, el Cordobés, fenómeno social de masas de todo un tiempo pero cuyo recuerdo estético nada me inspira, excepto el respeto. El respeto se lo debo a todos cuantos han cumplido y cumplen su cita con el toro y la soledad del ruedo ante ese juez, que hoy es fiscal áspero y vociferante, especialmente en la plaza de Madrid, que es el público. Un público, o un sector del público, profesionalizado en la protesta, dominante en sus actitudes, halagado y temido por amplios sectores del mundillo taurino. Un público que ha confundido el purismo con la paletería y que ha contagiado a toda una plaza como la de Madrid, tan rebotante de buenos, antiguos, sabios y educados aficionados de los de verdad y siempre. Un público que cree que por ondear un pañuelo verde resume toda la sabiduría de la tauromaquia. Como decía Concepción Arenal, adelantándose a los acontecimientos, «en la plaza de toros hay una fiera sí, pero no es el toro, que es el público».

Mis padres tenían la buena costumbre, cuando la televisión aún no nos había devorado, de poner música clásica en nuestra casa, para que los diez hermanos que éramos nos familiarizáramos con ella. Beethoven, Mozart, Dvorak, Schubert, Brahms, Liszt, Vivaldi, Haydn, Bach, Mahler, Bruckner, y claro, los siempre alegres Strauss. Mi divertimento más tarde, uniendo ambas aficiones, fue la de adaptar a cada torero de mi época el estilo y la cadencia de un compositor clásico. Clasicismo sobre

clasicismo y arte sobre arte. Siendo un profundo admirador de Curro Romero, de Pepe Luis —aún sin haberlo visto en su mejor tiempo—, de Manolo Vázquez, de Chicuelo, de Manolo González, de Paco Camino y de Diego Puerta, todos a su aire y su manera de interpretar el toreo, soy ante todo y sobre todo, ordoñista, y gracias a Antonio Ordóñez adapté en mi sensibilidad su toreo con la solemnidad de la Séptima Sinfonía de Beethoven, al que considero en la música, como a Cervantes en la prosa, san Juan de la Cruz en la poesía, Velázquez en la pintura, y para ponernos más actuales, John Ford en el cine.

Rafael Ortega entraba a matar con el fondo de una Obertura de Wagner. Paco Camino tenía la bellísima facilidad y armonía de Schubert. Domingúin, la técnica de Brahms. Bienvenida, profundo y desigual era Lizst, el único compositor y director que dirigía los conciertos sonriendo. Aquella sonrisa de Antonio Bienvenida ante la muerte era todo un triunfo. Y Mozart, el privilegiado depositario de la inspiración de Dios, es Curro Romero, siempre a lo suyo, vencedor de tiempos y modas, ráfaga genial del duende, de la inspiración, de la poesía. Y Antonio Ordóñez, Beethoven, para mí el más grande y completo.

Supremo hacedor del arte en movimiento, el que conforma el resumen de la gloria y la muerte, el del clásico que nace clásico, porque trae la raíz abrazada a su cadencia. El movimiento de la melodía expresa los movimientos del alma, es decir, sus sentimientos. La música, como el toreo, es una creación artística en movimiento, cuyas partes deben ser captadas simultáneamente. De ahí que música y toreo, como expresiones de un movimiento profundo y medido, deriven en un sentimiento religioso. Nada más fácil que entenderlo. El currismo, más que una comunión en la estética, más que una forma de interpretar las cosas, más que una veneración efímera, es una religión verdadera, con sus dogmas, sus normas y sus preceptos. El que no entienda al currismo como una religión, no es currista.

Música y toreo. Los hay que prefieren al genio, a Mozart, el que de lo vulgar sabe nacer lo sublime. Mozart Pepe Luis, Mozart Romero, capaz de detener el curso de un río, de desmayar una torre, de parar el aire, de llevar al sueño o al desvarío, como cantó en una bellísima soleá el gran poeta popular Juan de Dios Pareja-Obregón: «Sería sueño o desvarío/ que se llenó de Romero/ hasta el agüita del río». Los hay que gustan de Brahms, la técnica perfecta, Domingo Ortega o Luis Miguel Domingúin. O los que prefieren la armonía estética de Schubert, o el impacto grandioso de Wagner, que es el arrojito, la chulería, el cuerpo enseñado a la muerte. Pero Beethoven es todo y está en todos. De ahí mis preferencias por Antonio Ordóñez, que sintetiza lo mejor de cada ritmo, y lo resume en el suyo propio, el del gran maestro que vuela por encima de los mismos ángeles que pugnan por darle alcance.

Ordóñez murió en su adorada Sevilla, cuando iba camino de Ronda a cumplir con su cita. En Ronda estuve invitado por él en la última Goyesca. Estaba calvo, avejentado, con el color gris de la quimioterapia, pero seguía siendo El Maestro. A punto estuvimos de perderlo muchos años antes, cuando la prensa española, tan distante de los mitos de nuestro arte y tan cercana a las estupideces de la fama y las modas, arrinconó a don Antonio Ordóñez Araujo, hijo de Cayetano, al humilde papel de padre de la guapísima Carmen y el abuelo de Francisco Rivera.

¿Qué país es éste, qué España es la nuestra, la que teniendo casi en exclusiva la gloria y el

esplendor de un arte, olvida tan fácilmente a sus mejores intérpretes y creadores? El Toreo es Fiesta, pero también, y sobre todo, cultura. «Solo la cultura permanece», decía mi inolvidado maestro Santiago Amón, bienvenidista y currista de la alta Castilla. A esa intención me someto en mi redacción de hoy, no con la petulancia de creer que mis palabras puedan quedar inmortalizadas, sí con la convicción de estar cumpliendo modestamente un ejercicio de justicia, dedicando mi esfuerzo literario a quienes son parte fundamental de la Cultura de España.

Mi primera discusión taurina fue con mi maestro, el antes mencionado Santiago Amón. Lo fue de Latín, de Griego, de Literatura, de Cine, de Música, de Toros, de todo. Más aún, lo fue de Ética y Estética, porque Santiago Amón, antes que nada, era el mejor profesor de la palabra y la decencia. En los toros, bienvenidista puro, después pepeluisista y currista, luego antoñetista. En cualquier polémica, y frente a un niño de doce o trece años, siempre Santiago vencía. Una derrota dulce, la mía, porque el triunfador era Antonio Bienvenida, a quien quise, disfruté y admiré plenamente. Pero derrota, al fin y al cabo, porque mi torero era Ordóñez, del que Santiago recelaba en algunos aspectos. Es la única asignatura que no supo enseñarme bien, porque el gusto no se impone, y yo sabía, mientras respetaba su voz profunda y su sabiduría inmensa, que yo, el alumno, llevaría al final las de ganar: «Usted me ha ayudado a traducir a Virgilio y Homero, a leer a san Juan de la Cruz y a Gracián, a distinguir una Quinta Sinfonía dirigida por Von Karajan, Furtwangler o Celibidache, pero no tiene autoridad para someter mi sensibilidad: Y como me ha enseñado a distinguir y escoger, yo distingo y escojo a Antonio Ordóñez». «Tiene las piernas torcidas», me indicaba en un último intento de convencerme. «Y Antonio Bienvenida está gordo», replicaba yo. Entonces, a Santiago Amón, le salía la genialidad del parcial, del aficionado: «Por decir que Bienvenida está gordo salga inmediatamente de la clase». Y me echaba de la clase de latín.

He tenido el privilegio de ver torear a Ordóñez —y excúsenme que en su figura fundamente mis argumentos—, en Madrid, en Sevilla, en Ronda, en Jerez, en San Sebastián, en Bilbao, en Salamanca... Aquella faena de las dos orejas a un toro del Conde de la Corte en su segunda reaparición. Aquella tarde de triunfo y sangre en Aranjuez. Aquella faena memorable, que él mismo definió como la más completa de su vida, en el negrero —nunca albero pues de tan gris era casi negra la arena—, del Chofre de San Sebastián, vestido de naranja y plata, y que hasta mi añorado Vicente Zabala, otro bienvenidista a ultranza, reconoció como la más prodigiosa y emocionante de su vida de crítico y aficionado. Y en el último festejo que se celebró en aquella plaza derribada en beneficio de la especulación, y sobre todo, del acoso a todo lo que significaba España en aquella ciudad maravillosa, ahí estaba yo, para ver torear como los ángeles, tres ángeles diferentes, de corto ellos y sobre la arena del Chofre condenado, último suspiro español en la ciudad sitiada, a don Julio Aparicio, don Antonio Ordóñez y don Diego Puerta, tres estilos de música en el toreo, que ya va siendo hora de que en España, en su Fiesta, en la manifestación suprema de su arte, sean tan dones los toreros de a pie como los de a caballo, que el tratamiento es también rasgo de cultura, y que si hubo en algunos falta de letras y de cultivo, lo superaron con creces en la interpretación culta del arte del toreo. Porque puestos a ser chinches y molestos, convendría recordar que algún rejoneador el «don» se lo tendría que haber antepuesto al nombre del caballo.

Volvamos a San Sebastián, a la tarde de la faena memorable de naranja y plata. Aquella noche

acudí a cenar con Vicente Zabala al Derteano, un restaurante del Viejo, casi barco varado de marineros y pescadores. No había un alfiler en aquella ciudad durante su Semana Grande. Allí, en Derteano, ocupaban una mesa Antonio Díaz Cañabate, Domingo Ortega y Sebastián Miranda. Yo no había cumplido los veinte años, y nos ofrecieron sentarnos con ellos y compartir la cena. Me sentí honradísimo, pero mi desilusión fue grande cuando Zabala rechazó el ofrecimiento. Era una oportunidad única de oír la palabra de la Historia. Ya en nuestra mesa, Vicente me abrió los ojos: «No seas ingenuo. El que se siente ahí, paga la cena de todos. Son unos profesionales de comer de gorra». En efecto, poco después ingresaba en el local mi pariente y querido amigo Carlos Urquijo de Federico, ganadero en su «Juan Gómez», que atrapado por el Caña, Ortega y Miranda, terminó pagando la factura. Al pasar junto a nuestra mesa, a modo de despedida, Carlos Urquijo murmuró: «¡Qué trío de cabrones!». Hoy, se han inventado una plaza nueva, multiusos, y se advierte un intento de recuperación de la Semana Grande. Las ferias de San Sebastián y Bilbao, más San Sebastián, lo eran de tronío, entre otras razones porque la afición donostiarra se sentía amparada por la sevillana y madrileña que se llegaba hasta allí para veranear entre aquellos verdes infinitos.

Tres nombres, tres recuerdos, tres vacíos. Antonio Bienvenida, Santiago Amón y Vicente Zabala. Antonio se fue, maldita paradoja, por un golpe terrible tras ser volteado por una vaquilla precipitada. Santiago y Vicente, años después, cada uno en su turno y destino, muertos en el viento, rotos contra las montañas que Dios levanta de cuando en cuando para cambiar las vidas de los hombres. Antonio, torero inmenso, sabiduría y arte, con el cuerpo cosido a cornadas y sufrimientos, cayó en campo abierto confiado ante una vaquilla. Santiago, en pleno mes de junio, en un helicóptero que se topó con las rocas de La Cabrera, una cresta de piedra que presume de sierra sin serlo. Y Vicente, en Medellín, a punto de aterrizar en el aeropuerto para cubrir los acontecimientos de esa feria colombiana. Con los tres hablaba y discutía, cuando le formulé a Antonio Bienvenida esta pregunta: «¿Qué tiene Ordóñez que lo distingue?»; y Antonio, que llevaba la sangre del señorío en sus venas, hoy sólo regadas por el único varón que vive, Ángel Luis, emitió su sentencia: «Ordóñez tiene eso que los monárquicos llamamos la majestad».

Se lo comentaba, muchos años después a Andrés Amorós, escritor sabio y finísimo, casi hijo de Marcial Lalanda, la noche en que presenté en Madrid la biografía que Carlos Abella había escrito de Luis Miguel, otro torero, otro tipo, otro vacío que llenar de memorias inolvidables. Amorós asentía y Luis Miguel se interesó por nuestra charla. Le recordé al maestro de Quismondo, ya pariente mío por su matrimonio con Rosario Primo de Rivera y Urquijo, mi condición de «ordoñista» clamoroso. Luis Miguel, que además de simpatiquísimo era uno de los personajes más listos que he conocido en mi vida, de los hombres con menos miedo a decir su verdad, me agarró por el pescuezo y me advirtió: «Como torero no ha habido otro como Antonio. Pero si dices que te lo he dicho yo, te pego una leche aquí mismo». No dijo leche, que se refirió a otra cosa, más cercana a la oblea que a la torta.

¿Qué era Antonio Ordóñez? Lo mismo que todos los grandes toreros de nuestro ayer y nuestro presente. Lo que siempre han sido los grandes toreros, aunque muchos aún recelen y no lo admitan. Rasgos fundamentales de la cultura española, del arte español, de nuestras raíces. El maestro de la tauromaquia, la figura del toreo, tiene todo el derecho a entrar en nuestra historia como si se tratara de Velázquez, Goya, Zurbarán o Picasso en la pintura, Cabezón, Vitoria, Falla o Rodrigo en la

música. ¿Acaso un maestro en el arte de torear, un sucesor de Pedro Romero, es menos que Buñuel, o Garci, o Berlanga? Como Gayarre o como Domingo en la interpretación del arte aprendido. Más aún, porque son silencio y clamor, danza y valor, gracia y riesgo, poesía, escultura, soledad, grandeza, música, música y música.

Del toreo se nutre de imágenes no sólo la cultura española. Pinceles y plumas de fuera se han extasiado ante nuestro arte. Vuelvo, porque lo merece y es mi memoria la que habla, a la figura del maestro de Ronda, en quien reúno toda mi emoción de aficionado y mi recuerdo de amigo. En San Cayetano, entre los tilos del jardín que choca con la serranía, sobre el pozo que guarda las cenizas de Orson Welles, Antonio Ordóñez, tres meses antes de su muerte, seguía ejerciendo de torero. Conversábamos bajo los tilos de perfiles y honduras, y tan locuaz y alegre se sentía después de su Goyesca, que recordó al buen amigo que quiso estar para siempre en la tierra de su tierra. Descorchó una botella del mejor Rioja, llenó los vasos y dejó uno sin mano y sin dueño. «Es para Orson. Cuando brindamos por él, su espíritu sale, y vuela sobre la serranía, y sobre todo se llena del aroma del vino». Diez minutos más tarde, derramó sobre el pozo el vino de Orson y le ordenó que volviera a descansar a su sitio. «No hay que acostumbrarle mal», dijo a modo de justificación. Y entramos en la casa, por la misma puerta que el Niño de la Palma accedía a San Cayetano, pero con coche y todo, porque irrumpía, según Antonio, en su coche como Fernando Villalón, cuando se presentaba en el salón de su casa de Morón montado en su caballo, tan tranquilamente. Aquella noche de septiembre en San Cayetano, la música de Antonio no era la asombrosa y profunda de Beethoven. Por primera vez no supe traducir a música su ánimo, pero mucho me temo que jamás por la serranía de Ronda se oyera una melodía, o una canción más triste y desesperanzada. A pesar de su empaque y de su sonrisa.

Escribió de él José María de Cossío, que si las cualidades, más bien, los defectos del toro, no frenaran a veces su arte —¿verdad, Curro?—, Antonio Ordóñez sería un continuo milagro. Bergamín, para suavizar la intolerancia y la inflexibilidad del público con los que triunfan escribió que Ordóñez tuvo muchas tardes que aguantar en silencio lo que José y Juan pudieron comentarse entre sí tantas veces: «Mira, José, no te importe. Es que ya lo hacemos tan bien que no se enteran».

Ronda de Pedro Romero, de Rilke, más actual de Corrochano que le bautizó como «príncipe de los toreros», que apenas diecisiete años tenía. Y Cañabate, más tacaño, que ya lo dijo Foxá: «A ese escritor botarate/ que en todas partes se mete/ no decidle Cañabate/ sino sólo “coño y vete”», se refería al empaque de Ordóñez, único en los anales taurinos. El empaque de Cañabate, el empaque de Zabala, disfraces para menguar el sentido de la justicia de Antonio Bienvenida, que elevaba el empaque al rango de Majestad. Y a todas éstas, ¿qué es el empaque? Eso, precisamente. El prodigio de la forma, de los movimientos, de la conclusión definitiva de la obra de arte, de la naturalidad suprema, de la facilidad pasmosa para alcanzar la estética que infunde a los demás el respeto de la distancia. El empaque, o la majestad de lo clásico. Lo clásico, lo inmortal, lo que queda para siempre, lo que jamás se olvida, lo que entienden las nuevas generaciones sin necesitar que se lo expliquen. Lo que se convierte en punto de referencia insustituible, pierde la luz de su tiempo y se hace presencia inmutable. Lo clásico perdura porque triunfa sobre su época, arrasa con la frivolidad de la moda o de la costumbre efímera, y se levanta definitivamente para jamás moverse. El toreo es

arte porque es danza, baile templado por el hombre y bailado por el toro, obligado por el poder y el prodigio del maestro a ser parte del movimiento común. El toreo es arte porque es escultura, quietud y mármol, postura, piedra y estética, Grecia y Roma resumidas en el instante plástico del milagro. El toreo es arte porque es pintura, Goya enloquecido y tremendo, López colorista, Picasso nostálgico y luminoso. El toreo es arte porque es Literatura, triunfo y tragedia, gloria y desdicha, y poesía devorante, poesía popular y culta, soleá y soneto, romance y alejandrino, que a veces parece que la métrica y la rima se unieron en el ritmo para esperar a los poetas que escribieran de toros y toreros. Y el toreo es arte porque es música, sinfonía o copla, música callada para algunos, música viva y apoteósica, manantial y llama, para los que en verdad, lo sienten. La danza queda en la memoria, la escultura permanece quieta, la pintura estática, la prosa y el verso se guardan en el tesoro del libro, la música sigue. La música siempre está presente, volando en la Fiesta, en el aire del público, en el ambiente de la plaza, en el sabor y olor de cada tarde, en la grandeza misma del arte del toreo. Música festiva, el pasodoble, cuando el toreo y el arte se someten a los límites del hombre. Música cercana a Dios, cuando el toreo y el arte, suben hasta lo imprevisto, lo inaudito, lo inalcanzable. Toreo y música, Dios y ambos, unidos en el recuerdo para siempre.

Sueñen en sus casas. Contemplan una faena grabada de Antonio Ordóñez, o de Curro Romero, o del joven maestro José Tomás, o del Juli o de Enrique Ponce y piensen en sus músicas. Allí estará Beethoven, o Mozart, o Vivaldi. La emoción, la solemnidad, el magisterio, el milagro, el contagio de la maravilla.

La Fiesta es una ópera viva y dramática. Un concierto supremo sin trucos ni defensas. Ahí está el público, que cuando es público de verdad, es coro, y forma parte del arte consumado o de la decepción sufrida. Con la cursilería propia de nuestros tiempos, algunos aficionados que se tienen como «entendidos», los pedantes catetos de los pañuelos verdes, han decidido que no aplauden, que no se levantan de sus asientos, que no jalean, que no ovacionan. Saben tanto que les humilla el impulso de aplaudir, negando su colaboración al concierto vivo. ¡Mentira! Un buen aficionado, y cuanto más entendido más encendido, aplaude, y jalea, y llora, y se rompe las manos si ello es preciso. Si Pavarotti aplaude a Domingo, si Ponce aplaude a Morante de la Puebla, ¿qué cursilería, qué complejo de inferioridad, qué cautela de paletito capitalino le mueve al más tonto y afónico del coro a no sumarse al entusiasmo y la gratitud por el milagro vivido? ¿Se figuran a la Musikverein de Viena abarrotada de público, pero callada y áspera después de un concierto fabuloso? No, no, y no. La fiesta es emoción, contagio, milagro, poesía, ovación y bronca. Pasión de arte. Pero siempre escenario, orquesta y coro. El público es parte de la partitura, y el torero y el toro, los protagonistas del drama y el concierto. Cuando ambos se funden, ambos se entienden y compenetran, cuando los dos comprenden su destino, todo lo humano desaparece, y nace lo que no se consigue, lo inalcanzable, el prodigio de lo irreal. Es entonces, cuando el impulso de lo divino se suspende en el aire con el pasmo de lo imposible, y allí se mantiene, hasta que el toro muere, y la música se calla, y el torero se devuelve a sí mismo a la tierra, y el público estalla en un coro improvisado y libre, que nadie domina y a nadie obedece, ni nadie dirige. Como la genialidad.

Luego, en silencio pasado, el toreo es arte de museo. Y requiere una música. La música del toreo no es la callada, sino la trepidante, armónica, triste y melodiosa de los genios. Ordóñez, en tristeza

de olvido, en película antigua, es la Séptima Sinfonía toreada. Después, los sombreros al aire, los ramos de romero, las flores perdidas, los besos de las mujeres bañados en lágrimas, la emoción de los hombres que lloran sin vergüenza. Porque en el toreo, como en la música, como en la pintura, como en la poesía, el secreto es sólo uno. Rozar el cielo cuando Dios lo permite. Y con Antonio Ordóñez lo ha permitido regando su toreo con la música de Beethoven.

EL HUMOR EN LA ALTA POLÍTICA

El 26 de febrero de 1981 amaneció en Londres entre grises y blancos de neblina. Poco a poco, el velo de la niebla fue disipándose y un sol extraño, invernal y claro atravesó los cristales de la estación Victoria. Allí, los rojos vivos, los oros centelleantes, las brillantes corazas y cascos de los Dragones de la Reina y la Guardia Real, daban a la estación londinense un color de otro siglo. Llegaba a Londres en visita oficial el primer presidente de la Portugal democrática, ya superado el trance ambiguo de la revolución de los claveles. Y en homenaje a las siempre fraternales relaciones entre el Reino Unido y Portugal, la Reina de Inglaterra superaba las estrecheces protocolarias y se aprestaba a recibir a su excelencia el general Antonio Ramalho Eanes, presidente de la República portuguesa, alto y estirado como un álamo, melancólico como un fado y más triste que un pinar cuando anochece. Había aterrizado en Gatwick una hora antes y a punto se hallaba el tren especial que de allí le traía de hacer su entrada en la estación Victoria. Allí estaba el tren. Todos firmes y la Reina aguardando en el andén. Por mucha emotividad que se presume y por antigua que fuera la amistad de ambos estados, un saludo entre la reina Isabel II del Reino Unido y el presidente Ramalho Eanes podría alcanzar, en su más alto nivel de emotividad, al de un encuentro en aguas de Terranova de un lenguado y una merluza. Después del frío, pero cordial saludo, y tras pasar revista a los batallones de la Guardia Real, los lanceros y los Dragones de la Reina, ambos mandatarios abandonaron la estación Victoria en la carroza de Su Majestad Estación Victoria, Trafalgar Square, el Mall y el Palacio de Buckingham. La carroza marchaba tirada por ocho espectaculares caballos negros, uno de los cuales, al tomar una curva en Trafalgar Square, se fue de sus partes traseras y se tiró un pedo tan grande como la abadía de Westminster. El hedor, dulzón y perverso del aire escapado del caballo, entró de lleno en la carroza real. La Reina, como anfitriona, se disculpó. El presidente Eanes aceptó las disculpas: «No se preocupe vuestra majestad, porque yo creía que había sido un caballo». Se lo dijo en inglés, aunque en portugués queda más sonoro: «*Nao se preocupe vosa majestade, que eu creía que había sido un cavalho.*» Así pasó, así sucedió, y así se lo contó la Reina de Inglaterra a un reducidísimo grupo de amigos. Entre estos estaba el Rey, que se lo contó divertidísimo a Don Juan, su padre, que a su vez me lo narró a mí. Pedí permiso para escribir, y Don Juan me lo concedió siempre que no señalara el camino de la información. Lo hice, y al día siguiente de aparecer mi artículo en el *Diario 16* de Madrid, todos los periódicos de Portugal lo reprodujeron. Fui llamado por el embajador de Portugal en España, que se interesaba por la información. Y cumplí con mi palabra: «Señor embajador, sólo tres fuentes han podido contarme lo sucedido. El presidente de Portugal, en cuyo caso, usted no me habría llamado. La Reina de Inglaterra, con la que no tengo la costumbre de hablar, y por último, el caballo». El embajador dio el caso por cerrado, y el humor triunfó.

Decía el prematuramente fallecido y brillante Joaquín Garrigues Walker, que si los españoles supiéramos cómo se desarrollan y de qué cosas se hablan en los consejos de ministros, haríamos cola en los aeropuertos para escapar. Absurda huida, por cuanto en todos los países los consejos de ministros son iguales y toda la ciudadanía mundial se pasaría la vida huyendo de un lado a otro. En efecto, la alta política está manejada por seres humanos, y como tales, capaces de protagonizar las más sonoras meteduras de pata, las más catastróficas equivocaciones y los más divertidos lances. Que ya lo dijo la señora Carter, madre del presidente de los Estados Unidos Jimmy Carter, cuando su

hijo ganó en las elecciones presidenciales de su gran país: «Me ha sorprendido, porque Jimmy siempre ha sido con diferencia el más tonto de mis hijos». Y no se equivocaba la buena señora, como se demostró durante su mandato presidencial.

Era su santidad el papa Pío XII, por su aspecto, un príncipe florentino. Espigado como un junco, de largos brazos y dotado de un especial empaque que a todos impresionaba. A todos, menos a otro ilustre portugués, don Manuel Carneiro Pacheco, gran maestro de la Orden de Malta y delegado de la familia española Fierro en la Fosforera de Portugal, filial o asociada a la Fosforera Española. El gran maestro de la Orden de Malta tiene tratamiento de jefe de estado y por su condición de católica y hospitalaria, la deferente obligación de presentar sus respetos al sumo pontífice. En la sala anterior al despacho del Papa aguardaba tranquilo y digno el señor Carneiro Pacheco, cuando las puertas se abrieron y apareció en carne y hueso Eugenio Paccelli, el papa Pío XII. Y con esa solemnidad seca y tranquila de los portugueses, al besar el anillo papal, el gran maestro estableció entre él y el papa las siguientes equivalencias: «*A os pies de la Vosa Santidade. Vos sois cordeiro, eu soy Carneiro; vos sois Paccelli, eu soy Pacheco. Vos sois la antorcha que ilumina a o mundo, e eu soy conselheiro delegado da Fosforeira Portuguesa*». Y se quedó tan pancho, tan rico y tan ancho.

Los hay que aseguran, que a raíz de aquel episodio, el papa Pío XII no volvió a ser el mismo, y que entró en decadencia física y anímica que le llevaron a la muerte en el mes de octubre de 1958, fallecimiento que dio paso al breve y rico papado de Juan XXIII, autor de la reflexión más despistada de la historia de la Iglesia: «No he podido dormir pensando en los graves problemas de la Iglesia, y en la necesidad que siento de ordenar mis quejas para denunciárselas al Papa. Lo peor ha sido cuando me he apercebido de que el Papa soy yo».

Los hechos y anécdotas de los personajes de la alta política no han tenido cronistas oficiales. El descubrimiento de sus sucesos ha llegado hasta la opinión pública, casi siempre, por la propia voluntad de sus protagonistas o por indiscreciones palaciegas o del entorno de los poderosos. En los siglos de la cultura satírica, eran los poetas los encargados de resumir en octosílabos o endecasílabos, preferentemente, las cuitas de los poderosos. De aquel comentario de Isabel II de España referido a su esposo, don Francisco de Asís de Borbón, de «es bastante más mujer que yo», nacieron dos epigramas que ridiculizaron para siempre al rey consorte:

*Paquito Natillas
es de pasta flora,
y orina en cuclillas
como las señoras.*

O:

Y don Francisco de Asís,

*sacando su minga muerta,
al amparo de una puerta
lloriquea y hace pis.*

Visitaba Alfonso XIII Vitoria, y le habían llegado noticias de que uno de los miñones, la guardia foral alavesa, era capaz de practicar el fornicio ocho veces cada día. Aquel fenómeno interesó al Rey y fue informado de que tal atleta se apellidaba Gaviria. Al saludar al batallón de miñones, le rogó al oficial que los mandaba que le indicara cual de ellos era el tal Gaviria. Así, al llegar a él, y después de estrecharle la mano, el Rey, que era bastante aficionado a esas guindas de la vida, le preguntó: «Gaviria, ¿es verdad que echas ocho polvos cada día?»; a lo que un azarado y tímido Gaviria respondió: «Habladurías, Majestad. La de los ocho polvos es mi hermana». Y al Rey casi hay que sacarlo en parihuelas del ataque de risa.

Lo divertido de la anécdota, no es en sí la gracia de Gaviria, sino que todo un Rey la provocara con una curiosidad malsana o biensana propia del más común de los ciudadanos. Ninguno de los que vieron, a cierta distancia, hablar al Rey con un guardia, podría haberse figurado el contenido de la real charla.

Se decía que Franco no era muy expresivo en las audiencias. Así que se hallaba en su mesa de despacho, ya en la agonía del régimen, cuando el entonces presidente de las Cortes Alejandro Rodríguez de Valcárcel solicitó ser recibido para que el jefe del Estado firmara unos documentos. Rodríguez de Valcárcel era más partidario de Franco que el propio Franco, y nunca acostumbó sus emociones. Era, en 1975, el único y último de los dirigentes franquistas que saludaban al Generalísimo al modo falangista. Tras ser anunciado como presidente de las Cortes, Rodríguez de Valcárcel irrumpió en el despacho de Franco, se cuadró, dio un taconazo y alzó el brazo. Lo cierto es que no llegó a dar el taconazo, porque la alfombra de la Real Fábrica de Tapices se había levantado en una pequeña ola, y un pie lo metió por debajo de la alfombra y el otro por encima. Al ejercer marcial choque entre un tacón y el otro, por encontrarse los pies en diferentes alturas y con la alfombra de por medio, el presidente de las Cortes perdió el equilibrio, mantuvo el brazo en alto con dificultad, tropezó definitivamente y cayó sobre la alfombra, dándose una leche bastante curiosa. Lo peor fue que al caer, para evitar el derrumbamiento, se agarró al cortinaje de una de las ventanas, produciendo una presión hacia abajo que determinó la rotura de la barra y su posterior caída, con cortina y visillos incluidos.

Así estaba en el suelo el presidente de las Cortes, con una barra de metal en la cabeza, y la cortina y los visillos sobre sus hombros cuando se oyó la tranquila voz de Franco que le decía: «Valcárcel, vuelva otro día que hoy no está usted para nada».

Ya en el trono nuestro Rey Don Juan Carlos I, que Dios guarde, sucedió algo en el Palacio de la Zarzuela que aún no ha superado alguno de los honrados por aquella audiencia. Un grupo de aristócratas, muy reducido y anclado en otros tiempos, solicitó al Rey ser recibidos para elevarle una propuesta. El Rey accedió y recibió a los próceres en la hora previa al almuerzo. Eran diez, entre hombres y mujeres, y precisamente por las segundas, se incorporó a la audiencia la Reina. En esas estaban cuando se realizó la petición, que no era otra que la de reinstaurar algunos de los cargos palaciegos de la vieja Corte, como el de mayordomo de servicio o camarera de la Reina. A renglón seguido, y aprovechando que la Reina estaba presente, el Rey habló: «Muchas gracias por vuestro ofrecimiento, pero la verdad es que los tiempos han cambiado, y que en esta Casa no nos hacen falta ni mayordomos ni camareras. Lo que sí nos hace falta, y si conocéis a alguna me la mandáis, es una buena cocinera, porque la Reina es vegetariana y aquí se come y se cena fatal». Y dio por concluida la audiencia.

Siempre la semántica de por medio. El político conservador de Renovación Española, Antonio Goicoechea, firme defensor de la Corona exiliada durante la República, trasladó a un corrillo de amigos su preocupación por lo joven que era el infante don Gonzalo cuando abandonó España y la posibilidad de que perdiera su castizo acento al hablar español. Como siempre, este comentario llegó a oídos de don Gonzalo, y le molestó. Se hallaban meses después Don Alfonso XIII, Don Juan de Borbón y Antonio Goicoechea en el salón de un hotel parisino, cuando apareció don Gonzalo. Al saludar a Goicoechea, y para evitar malentendidos, don Gonzalo le preguntó: «Don Antonio, ¿siguen ustedes dándose de hostias en el Parlamento?». Goicoechea comprobó que el infante no había perdido su casticismo.

Los hablares invitan a la confusión. Hace apenas dos años, un marroquí secuestró un avión en Málaga. Se pusieron inmediatamente en contacto el ministro del Interior del Gobierno de España, Jaime Mayor Oreja y su colega magrebí. Después de muchas negociaciones, el secuestrador aceptó llevar el avión hasta Casablanca y allí reanudar los contactos. Viajaban siete españoles. A las cinco de la mañana, el ministro marroquí despertó al español para comunicarle que todo había sido resuelto, el secuestrador detenido, los viajeros a salvo y que el problema se daba por terminado. Mayor Oreja, que se hallaba medio dormido, y que no es un gran dominador, aunque lo hable, del francés, quiso agradecer al ministro magrebí su eficacia con un «*merci beaucoup, mon ami le ministre*», pero por eso del sueño, le salió «*merci beaucoup mon amour le ministre*». Lo que nadie sabe es si aquello le gustó al ministro marroquí.

Franco actuaba de manera más que sutil para cesar a sus ministros. A Joaquín Ruiz Giménez, ministro de Educación, le recibió en audiencia en El Pardo y le preguntó por todos los problemas de su ministerio durante dos horas. Ruiz Giménez abandonó feliz el despacho del Generalísimo. Al

Llegar a su casa le aguardaba un sobre con el cese y el agradecimiento de Franco. El sobre había sido llevado por un motorista a la casa de Ruiz Giménez a la misma hora que Franco le recibía. Y con Torcuato Fernández Miranda, más de lo mismo. Se rumoreaba que iba a ser el elegido para sustituir al asesinado almirante Carrero Blanco. Se daba por hecho. Y Fernández Miranda, por una vez indiscreto, se lo hizo saber a su familia. Fue llamado por Franco y don Torcuato adivinó el motivo. Después de una charla breve y concisa, y cuando don Torcuato esperaba la confirmación, Franco le preguntó: «Fernández Miranda, ¿a qué piensa dedicarse a partir de ahora?». Y nombró a Arias Navarro.

En la primavera de 1988, el efímero y nada brillante candidato del PP a la presidencia del gobierno, Antonio Hernández Mancha asistió en Pamplona a un coloquio acerca de las condiciones que se exigían a España para ingresar en la Comunidad Económica Europea de pleno derecho. Al llegar el turno de la agricultura y ganadería, uno de los asistentes se quejó de la prohibición de exportar carne de cerdo, por cuanto en Navarra no se había detectado ningún caso de peste porcina como en Cataluña. Hernández Mancha, con su habitual verborrea, respondió: «Eso nunca lo admitiríamos en nuestro partido. Jamás confundiríamos a un cerdo catalán con un cochino navarro». El ganadero que había hablado, muy pausada y amablemente dio las gracias así a Hernández Mancha: «Pues nada, muy agradecido, guarro extremeño».

¿Son los políticos humanos? Mientras no se demuestre lo contrario, lo son, y en privado reaccionan como cualquier ciudadano de la calle. En Córdoba, Julio Anguita, coordinador general de Izquierda Unida, pronunciaba una conferencia sobre la solidaridad. Había llegado a la puerta del local en su nuevo coche, conducido por él mismo, y lo aparcó en el lugar reservado. Un Citroën de la gama media. En la conferencia denunció la intolerancia oficial contra los inmigrantes, a los que ofreció todo su apoyo. Al abandonar la sala, se encontró con su coche nuevo sin el cristal delantero y con la caja de la radio destrozada y sin radio. Un testigo le informó que una pareja de magrebíes había sido la causante del desastre. En un instante sus teorías se vinieron abajo, y exclamó: «¡Si agarro a esos canallas, primero les doy una manta de hostias, y luego hablaremos de la marginación, la pobreza y demás leches!».

Las relaciones internacionales son cultivo y cosecha de las situaciones más exóticas. Quizá la más divertida y ridícula visita oficial de un mandatario extranjero a España la protagonizó en 1981, Osaguiefo Kuntinaku II, omán de Akimbabakwa, Ghana, que rindió visita internacional al *lendakari* Carlos Garaicoechea en el Palacio de Ajuria Enea en Vitoria, entre un gran despliegue de los medios de comunicación afines al nacionalismo vasco. Akimbabakwa es una región autónoma dentro de Ghana y eso unía mucho a ambos dignatarios. El problema es que Su Majestad Osaguiefo Kuntinaku II, que había de presentarse en Ajuria Enea acompañado de sus ministros de Industria y Comercio, lo

hizo sorprendentemente solo, cuando eran esperados también por los consejeros del Gobierno vasco de las carteras similares. Su Majestad, contrito, reveló a Garaicoechea y sus consejeros el motivo de la incomparecencia. Habían sido detenidos la noche anterior en el Casino Municipal de Biarritz por hacer trampas en la ruleta. La visita de Su Majestad al País Vasco no sirvió de mucho, pero los comentarios de los medios no nacionalistas fueron bastante cachondos.

En la República Centroafricana, su presidente ofrecía un almuerzo al Rey de España y su séquito. Después de una especie de sopa que nadie sabía lo que era, llegó el plato principal. Mano de mandril asada en su jugo. Haciendo de tripas corazón, el Rey dio buena cuenta de su mano ante la complacencia de su anfitrión. En la mesa de los ayudantes, no sucedió lo mismo. Algunos alegaron indisposición instantánea para librarse de la porquería. Uno de los ayudantes del Rey, un teniente coronel de aviación que estuvo en la Casa Real más de diez años, oyó de un ayudante del presidente centroafricano esta amable revelación: «Le aseguro que es de mandril. Hace veinte años también las comimos de misionero blanco». Un viaje muy edificante.

Los visitantes sátrapas son los peores. A la mujer del presidente mexicano López Portillo, había que instalarle un piano de cola en todos los hoteles donde se alojaba, y exigía una bañera de estreno. Al dictador comunista Ceaucescu y a su mujer Elena, no les gustaron las zonas del Palacio del Pardo sin alfombra, y se quejaron al Rey del ruido que hacían las maderas. El hijo de ambos, Niki Ceaucescu, que los acompañaba, abandonó antes que los Reyes y sus padres el comedor del Palacio Real y se marchó de juerga, gastándose en una noche más de dos millones de pesetas en una orgía.

Los cocineros del presidente del Zaire, Mobutu Sesé Seko, encendieron fuego sobre las alfombras de la Real Fábrica de Tapices del Pardo. En aquel viaje, uno de los ministros de Mobutu fue ingresado en el Gregorio Marañón en pleno *delirium tremens*. Y hace algunos años, se detectó una gran incompetencia documental en los servicios de información del presidente de Gabón. Éste, en su discurso de agradecimiento en la cena ofrecida por el Rey, dirigiéndose a éste le soltó: «Su inolvidable padre, don Francisco Franco...».

En septiembre de 1989, Hassan II de Marruecos visitó Sevilla. Se le organizó, porque era de su gusto, un espectáculo de baile flamenco. Quedó prendado de un bailarín, Joaquín Postigo, al que ofreció el oro y el moro —nunca mejor dicho—, si se iba con él a Marruecos. Cuando el bailarín le dijo que no, Hassan II interrumpió el viaje y se volvió con su melancolía a Rabat, dejando plantados al presidente del Congreso, al del Senado y al de la Junta de Andalucía.

Un viaje real a Guatemala, abrió las puertas a determinadas multinacionales españolas para invertir en aquel país. Su presidente, el general Romero, adjudicó a Hispanoil la exploración y explotación de una gran extensión con posibilidades petrolíferas. Ante el estupor de los visitantes españoles les exigió a cambio —así fueron sus palabras textuales—, un «obsequio de gran valor». No se especificaron más detalles. Cuando se firmó el protocolo, el presidente Romero pidió su regalo. Una foto del equipo del Real Madrid dedicada por todos los jugadores al presidente de Guatemala y se cumplieron los deseos del presidente.

Dentro de la constante maravilla de Roma, la plaza de España es una joya presidida por el palacio que alberga a nuestra representación diplomática ante la Santa Sede. Allí tuve la fortuna de acudir a una cena que en honor de Don Juan de Borbón ofrecía el embajador de España. En representación del papa Juan Pablo II asistió a la cena el número dos del Vaticano, el secretario de estado cardenal Casaroli, un hombre de pequeña estatura con una inteligencia, simpatía y sabiduría inabarcables. En los postres, Don Juan, aún con su voz intacta, agradeció la presencia de Casaroli al que rogó transmitiera a su santidad su devoción y respeto. Las palabras de Don Juan dedicadas al Papa fueron síntesis de la admiración y afecto que sentía por su santidad. Casaroli contestó con un discurso, que en principio, nos dejó petrificados a todos, especialmente al Conde de Barcelona: «Este Papa —dijo—, es un hombre muy peligroso». Que el Secretario de Estado del Vaticano afirme en una embajada que el Papa es un hombre peligroso, resulta, como poco, chocante. Pero lo más chocante vino después, cuando nos reveló el por qué de los peligros del Papa: «Cree demasiado en Dios». Lo cierto es que aún, veinte años transcurridos, no me he repuesto del susto.

Allí en Roma a Don Juan le sucedieron cosas insólitas. A su boda, asistieron miles de españoles en plena República. Entre esos miles, las hermanas Villapanés, hijas del marqués de Villapanés. Eran conocidas por las Mulillas, porque además de gemelas e idénticas, poseían una enorme dentadura y adornaban su frente con una cinta con los colores de la bandera de España. Pudieron asistir milagrosamente, porque a punto estuvieron de morir, unos meses antes, en Pancorbo. Viajaban las hermanas Villapanés hacia San Sebastián, cuando fueron detenidas en Pancorbo por un grupo de obreros que portaban banderas rojas. Al grito de «¡Viva España, viva el Rey, muera la República y abajo los rojos!» la hermana que conducía aceleró, la otra sacó la cabeza y superaron lo que ellas creyeron una manifestación comunista. Lo cierto es que se trataba de una detención por obras en la carretera, minutos antes de proceder a estallar unos barrenos. Toneladas de piedra cayeron sobre las patrióticas hermanas que salvaron la vida de milagro. Se afanaban los expertos en protocolo en llenar las mesas del almuerzo de bodas, cuando el rey Alfonso XIII le ordenó al duque de Sotomayor: «Perico, a las mulas, lejos y dándome la espalda, porque son tan apasionadas que muerden». «¿Quiénes son las mulas?», preguntó otro de los ayudantes. «Tus hijas, marqués, tus hijas», respondió el Rey al marqués de Villapanés, que a pesar de todo, continuó siendo monárquico.

Sucedió con el cardenal Bueno Monreal, y volvió a ocurrir con el cardenal Vicente Enrique y Tarancón. En esta ocasión fue Alfonso Guerra, el intérprete de Mahler y doctor en Antonio Machado el colaborador del malentendido. Había pasado una mala temporada el cardenal Tarancón por culpa de una dolencia nefrítica. Superado el trance, asistió a un acto y coincidió con el entonces vicepresidente del Gobierno de ese país que no iba a reconocer ni a la madre que lo parió. Guerra, conocedor de la enfermedad del cardenal, le animó con su habitual simpatía: «Le encuentro a su eminencia muy mejorada»; «Sí, sí —respondió el cardenal—, gracias a Dios he dejado de estar pachucha».

José Manuel Ibar Urtain, *el Tigre de Cestona*, parecía que iba a estallar embutido en un chaqué. El *morrosko* llevaba una carrera imparable de victorias y Franco le recibía en el Pardo acompañado de Vicente Gil, su médico particular y creo recordar que el presidente de la Federación de Boxeo. Gil le había asesorado y Urtain no sabía si se sentía más apretado por el chaqué o por el protocolo. Al fin, ya ante Franco, se estableció una charla repleta de silencios. El Generalísimo, con su voz débil y aguda, se interesó por el siguiente combate del *morrosko*, contra un alemán que parecía una torre, y Urtain, con aquella sencillez que le caracterizaba le aventuró al caudillo lo que iba a suceder: «En el primer asalto, le arreo dos hostias y lo tumbo». No volvió a ser recibido.

En su extraordinario libro de anécdotas viperinas, nuestro maestro Jaime Campmany y Díaz de Revenga, que escribe como Quevedo y Góngora con la ventaja, además, de ser murciano, inserta un sucedido del que fuera nuncio de su santidad en España monseñor Pizzardo. Pues nada, que una buena señora necesitaba de su consejo y acercándose a él le cuestionó: «¿Me permite que le moleste, monseñor Pollardo?», «Pizzardo, señora, Pizzardo», a lo que ella exclamó: «¡Claro, Pizzardo, qué tonta! ¿En qué estaría yo pensando?». Ese mismo lapsus lo sufrió la condesa de Yeves con el famoso oftalmólogo, el doctor Pollales, al que la condesa se dirigió como «doctor Pichales», que además, le iba a operar de cataratas. Y la operación salió de dulce.

Agonizaba don Ramón María Narváez, el espadón de Loja, diana de los poetas epigramistas, entre ellos, don Manuel del Palacio, el más grande de todos. El vehemente político isabelino recibía la extremaunción, cuando el sacerdote le preguntó: «Hijo, ¿perdona usted a sus enemigos?»; Narváez, con expresión arcangélica hizo un gesto negativo con la cabeza: «No puedo, padre; no tengo enemigos. Los he matado a todos».

El príncipe Abdulah de Jordania visitó Granada. Fue testigo del lance el ilustre catedrático de Derecho Penal José María Stampa Braun, que ejercía su labor docente en aquella Universidad.

Abdulah, al contrario de Hassan con el bailarín, se enamoró perdidamente de una bailaora de las cuevas de Sacromonte. Su intérprete, un legionario recién licenciado de la mili y limpiabotas de profesión —los sabios arabistas se excusaron, y ni don Emilio García Gómez se atrevió a interpretar a Abdulah—, llamó a la bailaora para que saludara a su enamorado príncipe. Éste, le soltó párrafos poéticos interminables, y ella asentía agradecida cuando el limpiabotas se los traducía. Que era un dátil maduro y dulce, una palmera cimbreándose en el oasis, una gacela sobre las dunas, etc, etc. Cuando al príncipe se le terminó la inspiración, ella, la chiquilla, muy respetuosamente, rogó al limpiabotas que tradujera sus palabras: «Muchas gracias por todo, “Altesa”, pero “serviora”, no folla».



ALFONSO USSÍA MUÑOZ-SECA. (Madrid, 12 de febrero de 1948) es hijo segundo de Luis de Ussía y Gavaldá, II conde de los Gaitanes, y de su mujer María de la Asunción Muñoz-Seca y Ariza. Es nieto materno del dramaturgo Pedro Muñoz Seca, sobrino del militar Jaime Milans del Bosch y Ussía y concuñado de Juan Antonio Samaranch Torelló, I marqués de Samaranch.

Comenzó escribiendo poesía satírica desde muy joven, al tiempo que leía y aprendía casi de forma autodidacta. Estudió en los famosos colegios Alameda de Osuna y colegio del Pilar. Cursó la carrera de Derecho hasta que se vio obligado a realizar el servicio militar. Dos años después, a su regreso, ingresó en Ciencias de la Información, aunque lo abandonaría al poco tiempo.

Su primer trabajo fue en el Servicio de Documentación de Informaciones, siendo director Jesús de la Serna y subdirector Juan Luis Cebrián. Pronto le publicarían su primer artículo en la revista Sábado Gráfico. Más tarde, y a raíz de otras publicaciones en la revista respaldadas por Eugenio Suárez, Torcuato Luca de Tena le propuso un trabajo en el diario ABC.

Aunque la mayor parte de su carrera como columnista la pasó en el diario ABC, trabajó para los periódicos Diario 16 y Ya, y las revistas Las Provincias, Litoral y El Cocodrilo, siendo director de ésta última.

A lo largo de su dilatada carrera como escritor y columnista, ha colaborado también en programas radiofónicos y de televisión como Protagonistas y La Brújula, ambos en Onda Cero, y Este país necesita un repaso de Telecinco, con Antonio Mingote, Antonio Ozores, Chumy Chúmez, Luis Sánchez Polack (Tip) y Miguel Durán de compañeros. Además ideó las series de televisión El marqués de Sotoancho (2000) y Puerta con puerta (1999).

Ha creado, además, numerosos personajes humorísticos, como Floro Recatado (un entrenador de fútbol argentino), el doctor Gorroño, don Juan Pineda y Jeremías Aguirre (un revolucionario sandinista), a los que pone voz en la radio. Pero sin duda alguna su personaje más relevante y

conocido es el marqués de Sotoancho, un peculiar señorito de la Baja Andalucía al que da vida en sus obras junto a la marquesa viuda y el servicio de La Jaralera, una residencia ficticia ubicada entre las provincias de Cádiz y Sevilla.

En la actualidad, combina su trabajo de columnista en el diario La Razón y el semanario Tiempo con las tertulias del programa radiofónico La Mañana en la cadena COPE. En la temporada 2012-2013 deja esta tertulia.